

95-g  
24<sup>00</sup>  
24<sup>5</sup>

71-h-25

Jean Pierre Claris de FLORIAN.

GONZALO DE CORDOBA

A  
F 68  
1794  
1

ó

LA CONQUISTA DE GRANADA,

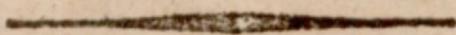
E S C R I T A

POR EL CABALLERO FLORIAN,

PUBLÍCALA EN ESPAÑOL

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

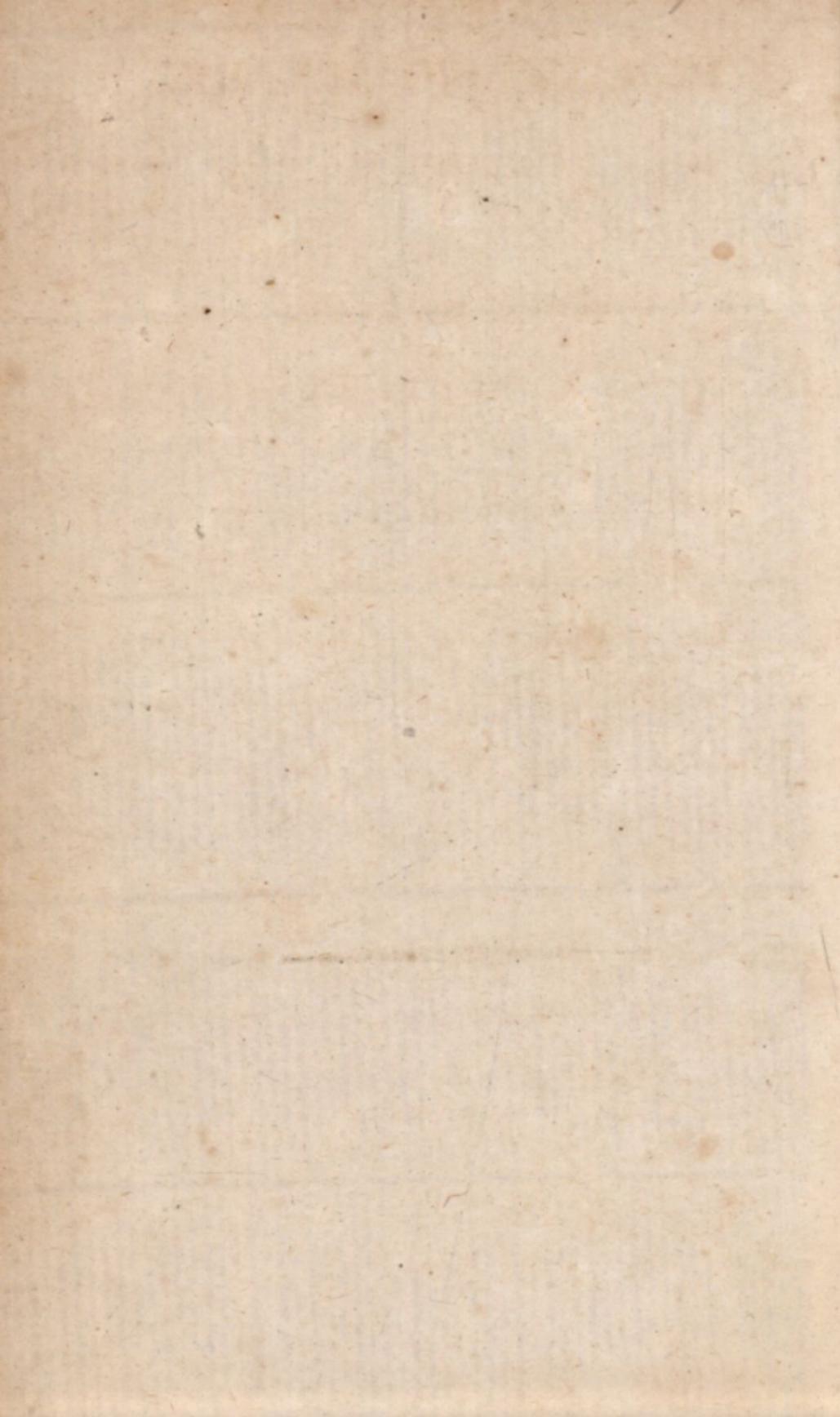
T O M O I.



M A D R I D,

En la Oficina de Don BENITO CANO.

Año 1794.



# A DON NICASIO ALVAREZ

DE CIENFUEGOS,

SU AMIGO

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER

*¿A quien, querido amigo, deberé yo ofrecer estos ocios, fruto de momentos consagrados á la soledad y á la melancolia? Al que ha querido corregir la rudeza de mi pluma; al que ha hermoseedo esta obrita con los versos que hay en ella; al que me estimuló á empezarla, á concluirla y darla á luz. Recibe, dulce amigo, esta corta ofrenda que, por mi mano, te hace la amistad.*





# GONZALO DE CORDOBA

ó

## LA CONQUISTA DE GRANADA

---

### SUMARIO DEL LIBRO I.º

*EXPOSICION. Ofrenda á la nacion Española. Isabel y Fernando ponen sitio á Granada. Pueblos y Héroes que los acompañan. Carácter de Fernando y de Isabel. Pintura de Gonzalo, Embaxador de Fez. Sus amores. Amistad de Gonzalo y de Lara. Descripcion del Africa. El Rey de Fez detiene á Gonzalo. El Héroe le obliga á firmar la paz. Peligro en que se ve Gonzalo. Sálvase un Cautivo. Huye en una bar*

ca, que se rompe en una tempestad.  
Gonzalo arriba á un navío. En-  
cuentro que tiene en él. Combate  
y victoria del Héroe. Sale herido  
del combate. Llega á Málaga.



## LIBRO PRIMERO.

---

**C**ASTAS ninfas, que bañais las trenzas de vuestros dorados cabellos en las cristalinas ondas del Guadalquivir, y á la fresca sombra de los hojosos chopos, formais matizadas guirlandas de las olorosas flores, que nacen continuamente en los verdes prados de la Andalucía; venid, enseñadme á celebrar los héroes de vuestras riberas: recordad los combates sangrientos, que viéron los muros de Granada, las victorias de Gonzalo, sus amores y sus desgracias: contad como, preparada, al soplo de la discordia, la ruina de la gente Mora, el valor de Isabel y la prudencia de Fernando arrancáron la España á sus antiguos usurpadores. Adornad, ninfas bellas, vuestros acentos de aquellas gracias nobles y afectuosas, de aquella fecunda imagi-

nacion, que tienen su trono en vuestro suelo patrio : encubrid la frente austera de la verdad, con las guirlandas que ciñen vuestras sienas; y á par que brindais á los corazones tiernos con las penas y los placeres, que algun dia probáron, recordad á todos los reyes del universo que los únicos apoyos del trono son la justicia y la virtud.

Generosos Españoles , nacion valiente y magnánima, madre de los amantes finos, eternos modelos de las almas sensibles y constantes ; tú cuyos invencibles guerreros , haciéndote señora de inmensas regiones , forzaron al sol á que jamas muriese para tu dilatado imperio, acepta mi tributo : yo te consagro en esta humilde ofrenda aquellos dos sentimientos, ídolo de tus grandes almas, sagrado honor, y amor ardiente.

Isabel reynaba en Castilla ; y Aragon

obedecia á Fernando. Los dos soberanos unidos por un himeneo feliz, habian entrelazado sus coronas sin confundir sus estados. Ambos en la flor de su edad, ambos igualmente inflamados del ardiente deseo de la gloria, veian con indignacion los mas hermosos paises de España, baxo la dominacion de los Musulmanes. Ocho siglos de victorias no fuéron bastantes á arrancar de las manos de los hijos de Ismael, todas las conquistas de sus abuelos. A veces vencidos, pero nunca deshechos, aun poseian las deliciosas orillas que baña el mar de Africa, desde las columnas de Alcides hasta el sepulcro de los Cipiones. Granada era su capital, y solo los estados de Granada hacian á Boabdil un monarca poderoso.

El feroz Boabdil habia provocado la cólera de Isabel. El desprecio de los tratados en las excursiones de la Andalucía, aceleró el dia de la venganza, y la trom-

peña guerrera resonó desde donde muere el Bétis hasta el nacimiento del Ebro. Toda la España se conmueve : Fernando acude con sus animosos Aragoneses : el fiero Catalan, el fogoso Valenciano y el Balear astuto siguen sus pasos : los agresivos Asturianos baxan de sus enriscados montes : el antiguo Leon junta sus falanges : los fieles Castellanos vuelan á las armas ; y los esposos regios, dueños ya de casi todas las plazas, que impedían el acercarse á Granada, ponen sitio en fin á sus muros.

Jamas se vió una sola ciudad amenazada de tantos capitanes ilustres : jamas un mismo campo reunió tantos héroes. Allí se distinguian los Mendozas, los Nuñez y los Medinas ; Guzman, el orgulloso Guzman, fiero de su descendencia real ; Aguilar que veia mayor antigüedad en la virtud que en la nobleza ; Hernan Cortes, que, apénas salido de la in-

fancia, manejaba por la primera vez el acero que habia de domar á México; el amable príncipe de Portugal, Alfonso yerno de Isabel, Alfonso que habia de costar tantas lágrimas á la desgraciada esposa condenada á sobrevivirle; el invencible Lara, amigo y apoyo de los oprimidos, Lara honor de su nacion, caro á su patria, mas caro todavía á la amistad, de que era modelo fiel; el venerable Tellez, baxo cuyas respetables canas ardia un ánimo juvenil, que cinquenta años admiraron al frente del esquadron indomable de los caballeros de Calatrava; y una multitud de guerreros, la flor y gloria de España, que todos habian reconocido por xefe al feliz esposo de Isabel, todos habian jurado morir ó vencer baxo el mando de Fernando.

El monarca modera el ardor de los capitanes, y quiere diferir los asaltos. Consumado en el arte profundo de di-

vidir para reynar, de preparar la victoria ántes de correr á la batalla, habia fomentado en Granada las disensiones que la agitaban, procurando debilitar un pueblo que pensaba atacar prontamente. Impenetrable en sus designios, y constante en seguirlos en el silencio, camina por largos rodeos para adelantar el feliz éxito. No le irritan los obstáculos, porque su prudencia los ha prevenido todos: no le sorprehende lo futuro, porque su sabiduría lo hace todo cierto. Activo, paciente, infatigable, rival del mas bravo en la guerra, sin rival en los consejos, su brazo fixaria la fortuna, si su penetracion no la hubiera encadenado.

La animosa Isabel solo quiere vencer. Animada del amor ardiente de su religion y de su pueblo, persigue al Moro, irreconciliable enemigo de su nacion y de su fe. El honor le manda volar al combate: el honor es su única prudencia. Su alma grande no necesita jamas

ocultar sus sentimientos. Acostumbrada á dar cuenta á Dios de los mas secretos pensamientos, teme poco á los ojos de los hombres, y marcha con la frente serena, apoyada en su virtud. Generosa, magnánima, sensible, severa consigo misma, justiciera con todos, exemplo é ídolo de sus vasallos, su consejo está en su deber, su fuerza en su ánimo, su esperanza en el ser eterno.

La sangre de ambos partidos habia ya salpicado los campos, y desde el principio del sitio habia el sol corrido la mitad de su carrera, sin que nada anunciase todavía, que Granada se debilitaba, ántes bien parecia que recobraba nuevas fuerzas, desde que el mas intrépido, el mas temido de los Españoles, Gonzalo, faltaba del campo; Gonzalo, que todavía no ha cumplido cinco lustros; á quien los capitanes ancianos consultan con respeto; Gonzalo, cuyo brazo terrible no ha encontrado un adversario que

pusiese en duda la victoria, y en quien los mismos vencidos reverenciaron las virtudes. Nacido en Córdoba, y criado entre las continuas guerras, que mantenía Granada con sus vecinos, los combates fueron sus juegos, y los despojos Moros su patrimonio. Desde su tierna infancia supo vencer, y agradar con los dones de que la naturaleza pródiga le colmó. Cubierto de acero, su frente ceñida del morrion, la estatura, el ayre magnánimo, la fuerza mas que humana, el valor superior á la fuerza, son el espanto de los guerreros. Desarmado, la belleza y la gracia, las miradas dulces y penetrantes, las facciones dó se hermanan la nobleza y la afabilidad, arrastran todos los corazones. Sus rivales zelosos lejos de él, no se atreven á estarlo en su presencia, y la desesperacion de la envidia se muda en la necesidad de amarle.

Gonzalo era entonces víctima triste de

la mas baxa perfidia. El monarca de Fez; Seid, solicitado por los Granadinos, habia amenazado con las armas las orillas de Andalucía. Los reyes descaban la paz con el Africano, por no distraerse de su meditada conquista. Ofrécenle las condiciones, pero instruido por la fama del grande nombre de Gonzalo, Seid pidió que el Castellano viniese de embaxador á su corte, negándose á tratar con nadie sino con tan célebre guerrero. Isabel vacila por mucho tiempo; pero el temor del nuevo enemigo, la esperanza de la pronta vuelta del héroe, la determinan al fin. Gonzalo instruido mucho ántes en la lengua y costumbres de los Arabes, va encargado por sus soberanos de asegurarles el reposo. Un navío le lleva á Fez, en donde el pérfido Seid, á ruegos de Boabdil, lo detiene baxo diversos pretextos, dilatando el firmar la paz, y dando de este modo tiempo á Granada para respirar.

Incapaz de desconfianza, pero irritado de tanta dilacion, Gonzalo se queja de un honor que pone en inaccion el valor. La gloria de que está ansioso no es sola la que hace suspirar su corazon : otra pasion mas viva y ménos feliz, le ocupa enteramente. El amor, el temible amor habia sojuzgado aquella alma fiera, y el héroe habia conocido su poder en el seno mismo de los combates y de la victoria.

Poco tiempo ántes del sitio, Gonzalo, vencedor de los Moros llega al pie de los muros de Granada, triunfa de nuevo, entra en la ciudad esparciendo por toda ella el terror y la muerte. A su vista caen y huyen los Moros : un arroyo de sangre señala el lugar por donde ha pasado. En este dia acabara Boabdil y su imperio, si los Castellanos hubieran podido seguirle. Zulema hermana del rey, hija del virtuoso Muley Hassem ; Zulema que desde su aurora, eclipsaba todas las

Las bellezas del Africa y la Iberia, sale en medio del pueblo aterrado, se desmaya á la vista de la carnicería, y temblando cae de rodillas en las gradas del palacio real. Tiende los brazos al cielo, y el rostro anegado en llanto, invoca al Todo-poderoso, pidiéndole afligida que alejase aquel terrible guerrero que camina acompañado de la muerte. En este instante se presenta Gonzalo, la espada en la mano, cubierto de sangre, abriéndose camino al traves de las víctimas y de los fugitivos. Corre, vuela, llega á la princesa.... su espada queda inmóvil, la mano detiene el fogoso caballo, y lleno de admiracion contempla aquel rostro encantador, que el dolor hermoseaba, aquellos ojos en que el brillante azul enternecia y ardia á un tiempo, y la noble frente en que estaban unidas la magestad y el tímido pudor, aquellas largas trenzas de ébano, la mitad flotando desordenada entre un velo de púrpura,

y la otra mitad que bañada en lágrimas cae y reposa sobre el mármol. Todas las gracias, todos los atractivos con que la naturaleza se complace en ornar la amable virtud, adornaban la hermosa Zulema. Tal y quizá ménos bella se mostró la sensible Ximena, quando vino á implorar á su rey contro un héroe á quien adoraba.

Gonzalo siente palpitar su corazon; y sacia los ojos con el dulce veneno del amor. Tiembla, suspira, se abrasa, y su alma entera está penetrada de un fuego devorador. Olvidándose de Granada, de la guerra y del riesgo en que está, va á saltar del caballo para tranquilizar á la princesa, pero los enemigos ya reunidos vienen sobre él, y le acometen por todos lados. Los innumerables golpes que descargan sobre sus armas, le arrebatan de sus tiernos pensamientos, y volviendo en sí, quiere pelear y no encuentra su

primer ardor. En fin cede á la multitud, mirando siempre á Zulema, rechazando con débil mano los alfanges que le amenazan, y teniendo en poco la gloria y la vida como vuelva á mirar á aquella que no puede dexar, á aquella de quien en adelante dependerá su destino, saliendo al fin vencido y sojuzgado de la misma ciudad en donde poco ántes le habian visto penetrar como formidable conquistador.

Desde este dia el triste Gonzalo alimenta un amor sin esperanza, en los disgustos y la amargura. Ignorando el nombre de la que ama, tiembla pensando si será esposa ó amante de algun héroe; y aun quando fuera vano su temor, ¿cómo podia prometerse el verse amado, siendo el mayor enemigo de la religion de su pueblo, el terror de Granada, y presentándose delante de ella teñido en sangre de sus defensores? Cubierto con

la visera, Zulema no podia haber leido en sus ojos su amor, su profundo dolor y el arrepentimiento de sus hazañas. Apénas se atreve á conservar la esperanza de volverla á ver; pero ocupado continuamente el pensamiento en su imágen la lleva siempre consigo. En el combate, en el reposo, en el tumulto, en la soledad, ve siempre la imágen adorada: contempla aquella celestial belleza arrodillada delante del palacio, levantadas las manos y los ojos al cielo; oye su voz dolorida, distingue sus tiernos acentos, y cree recoger de sus labios las lágrimas que cubrian su rostro.

La fortuna habia concedido á Gonzalo, que la dulce amistad le acompañase en su infortunio. Lara, el sensible Lara ama á Gonzalo mas que su propia vida, le ama como la gloria. Unidos desde la tierna infancia, criados en la misma ciudad ó mas bien en los mismos campos de

batalla, juntos aprendiéron á pelear, y siguiéron con igual paso la carrera de los héroes. Jamas experimentáron un sentimiento que no fuese comun á ámbos; y los intereses y deseos del uno ocupaban y atormentaban á su amigo mas vivamente que á sí mismo, estimándose á sus propios ojos por las virtudes del que amaban. Lara no conocia el orgullo, sino quando hablaba de Gonzalo: Gonzalo no dexaba de ser modesto, sino refiriendo los hechos de Lara: sus almas se buscaban continuamente, y no poseian todas sus facultades hasta haberse encontrado: nada podia conmooverlos hasta este momento feliz: los mas secretos pensamientos eran una carga superior á sus fuerzas, y corrían á librarse de ella comunicándoselos. No de otra suerte dos tiernos olmos brotan de dos vástagos vecinos, se apoyan uno en otro, crecen juntos, confunden sus ramas pomposas, y dominan los bosques cercanos.

¡ Ay ! ¡ qué de lágrimas derramaron quando fué preciso separarse ! ¡ Quán tierna fué su despedida ! Estrechándose mutuamente entre los brazos, se separaban, y volvian á abrazarse; sus corazones agenos de todo temor en los peligros mas terribles , temian los menores acasos que pudieran amenazar á su amigo. Gonzalo pedia á Lara que no buscase los peligros en ausencia de su hermano; Lara suplicaba á Gonzalo el moderar su natural animosidad en la corte de un rey pérfido y cruel : ámbos rogaban á Isabel que los dexase partir juntos; pero el ejército, demasiado débil, necesitaba uno de los dos héroes. Gonzalo se vió en la necesidad de hacerse á la vela, y Lara desde este momento funesto , sin ardor y desanimado, se cree solo en medio del campo. Ya no le excita el sonido de la trompeta. ¿ Para qué vencer si su amigo no ha de gozar de la victoria ? Solitario, adusto, feroz, huye de sus reyes y sus

compañeros, busca el silencio de las soledades, trepa por los montes encumbrados para tender la vista por el mar de Africa. Allí respira Gonzalo ; allí es donde todavía mas digno de compasion, desterrado léjos de su patria, léjos de su amigo, léjos de su amada, Gonzalo suspira, se irrita, cuenta los momentos que no puede acelerar, y despedaza sin cesar un corazon en que redobla el tiempo las heridas.

Quanto mira al rededor de si aumenta sus tormentos. Sobre una tierra árida y ardiente, sembrada de algunas palmas, se ve un pueblo de esclavos sometidos á un déspota feroz. En vano el infeliz Africano riega con el sudor de su frente los áridos surcos que alimentarán su familia. Apénas amarillean sus mieses, quando espesas nubes de langostas vienen á devorarlas en un dia, ó si se libra de esta plaga terrible, los visires, los

gobernadores , reyes de las provincias , pasando rápidamente del trono al cadalso , de la diadema al cordon , se apresuran á cebarse en la sangre de los pueblos , y acumular inmensos tesoros para comprar sus delitos. El soberano de estos numerosos tiranos , adormecido en una indigna molicie , é infatuado con brutales deleytes , no se acuerda de que es rey sino para ordenar una injusta muerte. Los mas desenfrenados deseos , los mas atroces caprichos , en su boca , son las leyes sagradas del imperio. Sus vasallos consagrados á la infelicidad trabajan y mueren á su antojo. Sus bienes , sus mugeres , sus hijos , le pertenecen : al menor indicio quedan despojados : á la menor sospecha saltan sus cabezas. En estas bárbaras regiones la sangre de los hombres se aprecia ménos que el agua de que el cielo se muestra tan avaro ; y el monarca se regocija de exercer las horribles funciones de verdugo.

Tal es la corte, en donde el mas sensible y mas generoso de los mortales se ve precisado á pasar los dias, que quisiera borrar de su vida. En vano se indigna, amenaza, se queja á Seid, con aquella altiva libertad de que se alimentan las almas grandes. Seid le teme, huye su presencia, y se oculta en el fondo de su serrallo. Los visires, acostumbrados á la astucia y al fraude, aplacan al héroe con ofrendas, engañan al embajador con juramentos, y el invencible Gonzalo á quien todo cede en las batallas, á quien no resiste ningun muro, se ve burlado de viles ministros, y cautivo de un rey que desprecia.

La luna habia ya renovado dos veces sus luces, desde que Gonzalo arribó á las orillas de los Africanos. Cansado de tantas perfidias, quiere en fin obligar á Seid á romper aquel silencio que le ofende; é informado del dia en que el mo-

marca ha de ir á la mezquita, le espera solo en el camino. Descúbrele y se adelanta. El continente, el ayre, la audacia del héroe intimidan á la guardia y se aparta. Parado delante de Seid, en una mano el tratado y en la otra la espada desnuda, con voz alta y firme le dice: Rey de Fez, aquí tienes la guerra ó la paz: escoge al instante: cien mil cuchillas, iguales á esta que brilla en mi mano, solo esperan una palabra de mi boca, para venir á derribar tu trono y tus muros entre rios de sangre: todas están sobre tu cabeza; si vacilas van á descargar el golpe.

Seid turbado, le mira: su vista le atemoriza, é inclina la pálida frente. La corte tiembla, el pueblo huye, y los soldados se disponen á abandonarle. El rey de tantos esclavos, amedrentado al aspecto de un hombre libre, firma el tratado sin responderle. Gonzalo satisfecho se retira, y va á prepararse para partir.

Pero los visires de un déspota le persuaden con frecuencia el crimen; y los de Seid mas irritados que el monarca mismo, le instan á tomar venganza. Gonzalo habia despreciado su poder; Gonzalo merecia la muerte. Castigando á un temerario que ha ofendido al rey con su orgullo, Granada quedará libre, y la España perderá su mas firme apoyo. La política y la venganza lo exígen: la muerte del héroe es justa, desde el instante que es útil; y los horribles consejeros determinan al monarca á hacerse asesino.

Al punto se mandan tomar secretamente todos los caminos por donde Gonzalo ha de pasar: mil hombres no les parecen bastantes para que perezca un guerrero solo. La astucia unida á la fuerza, escoge el lugar del ataque, corta todas las comunicaciones, y oculta cuidadosamente los preparativos, mostrando aquellos bárbaros mas inteligencia en

dirigir viles asesinos, que nunca empleáron para pelear contra sus enemigos.

La noche habia ya tendido su manto, y Gonzalo sin rezelo pensaba salir de Fez al rayar el dia. Tranquilo en su palacio, gozaba de la dulce esperanza de abrazar pronto á su amigo, y derramar en su tierno corazon las penas que habia padecido. Acercarse á los sitios donde habita la que amaba; poder acaso penetrar otra vez en ellos, y encontrarla cerca del palacio; defender y salvar su vida; obligarla al reconocimiento ántes de declararle su amor; todas estas chimeras de que se alimentan los amantes, y las miran como verosímiles, entretenian á Gonzalo, quando de improvise oye, cerca de su palacio, tocar un instrumento que el héroe reconoce, y recordándole su patria, cautiva su atencion. El héroe escucha, y una voz trémula cantó en castellano estas palabras:

Incautos

Incautos hijos de Marte,  
 Imprudentes amadores,  
 La fortuna en sus favores  
 Tal vez os pierde falaz.  
 Velad, velad.

¡ Quántas veces silenciosa  
 Va la traicion siguiendo,  
 Con fementido semblante,  
 Al invencible guerrero!  
 Y quando ya su inocencia  
 Y su gloria, sin rezelo  
 Llevó al escondido lazo,  
 Le oprime en triunfo perverso.  
 Incautos hijos de Marte, &c.

El Ruiseñor, paseando  
 De palma en palma su vuelo,  
 Las selvas llena de amores  
 Que léjos repite el eco.  
 Y el Gavilan entre tanto,  
 Desde sus rocas cayendo,  
 Se arroja sobre él : ¡ ay triste!  
 Que muere entre sus gorgeos!  
 Incautos hijos de Marte, &c.

Yo he visto al rey de las fieras  
 Que al cazador persiguiendo,

Llega al precipicio triste  
 En falsas ramas cubierto.  
 Las huella, cae; y al instante  
 Por mas que ruja, indefenso,  
 De su triunfante enemigo  
 Perece al tímido esfuerzo.  
 Incautos hijos de Marte, &c.

Gonzalo admirado al oír su lengua,  
 atento al sentido de las palabras, que se  
 dirigian al parecer á él mismo, tiende  
 los ojos por la plaza inmensa en donde  
 se elevaba el palacio, y descubre, á la  
 claridad de la luna, un anciano, cuya  
 blanca barba baxaba hasta la cintura,  
 vestido de cautivo, arrastrando la cadena  
 de la esclavitud, huyendo de los Moros  
 atraídos por su voz.

Conmovidó el corazón del héroe á la  
 vista del anciano, baxa á la plaza, se  
 acercá al cautivo, y le pregunta en cas-  
 tellano si la España es su patria. Espa-  
 ñol soy, responde el esclavo, pero nos

observan y no puedo hablar. Si Gonzalo ama á su patria, si quiere librarla de una horrible desgracia, que vaya al punto al jardin de las palmas.

El anciano le dexa y desaparece. Gonzalo queda inmóvil y duda de lo que ha de resolver. Conoce la perfidia del Moro; se halla solo, desarmado, y en el silencio de la noche: vacila si seguirá al esclavo que no conoce. ¿Cómo puede estar en sus manos la suerte de la España?..... Pero el esclavo es un anciano, un Español, un infeliz: Gonzalo se resuelve, y confundiéndose con la multitud del pueblo se dirige al jardin de las palmas, parage solitario y desierto dentro de la misma ciudad.

El anciano le esperaba á la entrada, y apénas descubre al héroe, corre á él, se echa á sus pies: ¡O gloria de mi patria! le dice casi falto de aliento, vale-

roso hijo de mi señor! al fin salvaré vuestros preciosos días. ¡ Ah! perdonad mi alegría, y permitid que mis tiernas lágrimas bañen vuestras manos triunfadoras. Pero, vos me mirais con admiracion fria, miéntas que yo me sacio de la delicia de contemplaros. ¡ No podeis conocerme, amándoos por tanto tiempo! Yo soy Pedro, yo soy criado antiguo del conde vuestro padre, á quien serví quarenta años; yo le seguí en mil batallas; yo os ví nacer, Gonzalo, y os tuve en estos cansados brazos; pero, quando los Moros me cautiváron, aun estabais en la cuna. Veinte años ha que soy esclavo, y en tantos dias dolorosos, no ha pasado uno sin que Pedro vertiese lágrimas por la memoria de vuestro padre, sin que pidiese noticia de su digno hijo, á los Españoles conducidos á estas mazmorras. Ellos me han contado vuestras hazañas, y me han ayudado á soportar la vida. Al fin os veo, al fin beso

los pies de Gonzalo, y voy á librarle de la muerte. ¡ Loado seas Dios eterno ! Este solo beneficio me hace olvidar todos los males que he padecido.

En diciendo esto, estrecha contra sus labios la mano del héroe, y Gonzalo enternecido le abraza, renueva la triste memoria de su padre, y pregunta á Pedro, cuál es el peligro que le amenaza.

Señor, le dice el cautivo, yo lo sé por ellos mismos : esos monstruos han revelado delante de mí su horrible secreto. Condenado á trabajar en los jardines, descansaba baxo una enramada de mosquetas quando el rey, acompañado de su visir, se paró en el mismo sitio. ¿ Estás seguro, dixo el monarca, que ese osado castellano no escapará con la vida ? Os lo juro por el profeta, respondió el atroz ministro : mil negros estan ya apostados en los dos caminos de

la mazmorra : las puertas de Fez estan guardadas , y solo sus criados pueden penetrar en su palacio. La muerte cerca á Gonzalo , y dentro de pocos instantes pondré á vuestros pies su cabeza.

Temblando al oir estas horribles palabras ; pero animado por mi zelo , me resolví á salvar á mi señor. Dios sin duda ha guiado esta difícil empresa. En las pocas horas que me quedaban , he preparado vuestra fuga ; y no pudiendo llegar hasta vos , mis acentos , en nuestra lengua , os han traído á mí. Lo demas esta en vuestra mano , señor ; pero yo os pido , yo os conjuro en nombre de nuestra amada patria , en nombre de vuestro augusto padre , que olvidéis un dia , un solo dia ese valor intrépido que ahora os seria fatal. Abandonaos á mi fe y seguid mis intentos : todos son licitos para librarse de unos viles asesinos. Pero si mi ruego no os mueve , si vuestro

valor os dicta arrostrar una muerte segura , inútil , funesta á vuestros hermanos y á vuestra patria , derramad primero la poca sangre que queda en mis venas , y así evitareis los horribles tormentos á que me condenarán estos bárbaros , y el dolor profundo de sobreviviros algunos instantes.

El héroe le tranquiliza , y le promete seguir sus consejos. El anciano le guia al fondo de un bosque solitario , adonde ocultaba un turbante , un vestido moro y un alfange africano. Perdonad , le dice , perdonad ; pero solo esta vestimenta puede engañar los satelites que guardan las puertas. Rodeados de enemigos , distantes tres dias del mar , no podemos ir á buscar vuestro navío : estando vos libre vuestros criados serán respetados , y vuestra embarcacion los conducirá á España. En quanto á vos , el engaño es indispensable , y si vuestro gran corazon lo re-

pugna , pensad que vais á Granada , adonde podreis mostrar Gonzalo á los Moros y á los Castellanos.

El héroe vacila , no obstante su promesa ; teme empañar su frente ciñéndola con el turbante , y cree envilecerse disfrazándose con el vestido moro ; pero instado de Pedro , cierto de que los caminos están tomados , deseoso de volver á su patria , descubre en su rostro el rubor y al fin cede. Oculta en el lienzo sus largos cabellos , vistese à lo africano sin perder el ayre guerrero , ciñe el alfange y examina su temple , y precedido del cautivo que le ha librado de la cadena , salen juntos del jardin de las palmas.

Sin ser conocidos ni observados , caminan á las puertas de Fez , pasando por en medio de las guardias. Aceleran el paso , y en pocos instantes llegan á las

orillas del Subu, donde encuentra Gonzalo una barca amarrada, en la que Pedro habia puesto una fuerte vela, y viveres abundantes, empleando en estos preparativos la corta cantidad de oro, que habia juntado en veinte años de esclavitud. El anciano dice á Gonzalo que entre en ella, y tomando alternativamente el remo y el timon, sus fuerzas se aumentan al mirar al héroe. Ayudada de un zefiro suave, vuela la barca sobre las rápidas olas. En doce horas llegan á la desembocadura del rio, entran en el vasto piélago, y en viéndose distantes de la tierra, el cautivo se arrodilla para dar gracias al Omnipotente, y corre á echarse á los pies de su señor, bañándolos con lágrimas de regocijo.

Poco tardaron en estar á la altura de Arraix y de los deliciosos campos por donde el Lixos regaba en otros tiempos los amenos jardines, que Hércules cons-

quistó. Azilia edificada por los Fenicios brilla y desaparece de sus ojos. Doblan el cabo Espartel , dexan á la derecha la antigua Tingis , donde reposan las cenizas de Anteo , y atravesando el estrecho , llegan á media noche enfrente del monte Calpe.

Las estrellas despedían su lánguida luz por el sereno azul de los cielos , en tanto que las ondas reflexaban los plateados rayos de la luna. Gonzalo , sentado en la proa , descubre las orillas de España , y no pudiendo contener su alborozo , se levanta y exclama : ¡ O cara patria ! ¡ ó Lara ! ¡ Llegó en fin el dia de veros ; de respirar en los mismos sitios en que respira la que adoro , entre mis animosos compañeros , cerca de mi rey , debaxo de mis estandartes ! ¡ O amor ! ¡ O amistad ! ¡ O virtud : todos inflamais mi corazon á la vista de estas hermosas orillas !

En esto el anciano le muestra los anuncios de una horrible tempestad. Las estrellas desaparecen, la luna pierde su luz, y apenas penetran sus rayos el oscuro velo que la rodea: el medio día arroja grupos de nubes, trono de las tinieblas: las aguas se agitan al soplo de un viente-cillo, que rápido huye de los impetuosos uracanes que le siguen: una profunda noche cubre las ondas, los relámpagos rompen las nubes, los truenos suenan á lo léjos. El ruido aumenta, los rayos se acercan, las ondas espumosas se agitan, los aquilones encontrados bramán, las olas se elevan al cielo, y la barca ya suspensa sobre un monte de espumas, ya precipitada en el abismo, toca en un mismo instante las nubes y las profundas arenas del mar.

Tranquilo en medio de la tempestad, Gonzalo anima al anciano, le da las esperanzas que no tiene, y le estrecha entre

sus brazos. Pedro solo piensa en Gonzalo, y solo por él derrama copioso llanto. ¡ O mi señor, exclama, al fin no pude salvaros, y la naturaleza entera se conjura contra un héroe! ¡ O Gonzalo! si yo pudiese... La tierra no debe de estar distante... Venid, señor, yo os sacaré nadando á la orilla: Dios me volverá mis antiguas fuerzas; yo confio que no espiraré hasta dexaros sobre la arena.

En este instante la barquilla débil baxa de lo alto de una ola con la rapidez de una flecha, y corriendo un espacio inmenso se estrella contra un navío, que corria la misma tempestad, deshaciéndose en mil pedazos. Gonzalo y Pedro tragan las amargas ondas; pero sin desampararse mutuamente, salen otra vez sobre las olas, se asen á un cable, suben por él, y saltan en el navío.

¡ Qué espectáculo se ofrece á su vista!

Al

Al resplandor no interrumpido de los relámpagos, Gonzalo descubre una muger atada á un palo del navío, cubierto el rostro de lágrimas, esparcidos al viento los cabellos, cercada de soldados negros, que la amenazan con las espadas, sin poder levantar las manos, ligadas con indignos lazos, la cabeza caída sobre las espaldas, los ojos fixos en el cielo, invocando con voz dolorida al Todo-poderoso, para perecer entre las ondas, ántes de dexarla abandonada á aquellos crueles piratas.

Al oír aquellos acentos que traspasan el corazon de Gonzalo, al ver el rostro que descubrió un dilatado relámpago, el héroe sorprendido y fuera de sí, reconoce la que adora, la que vió en Granada, cuya imágen conserva en su corazon. Dudando todavía de su felicidad, corre, vuela á ella, quiere echarse á sus pies; pero el furor sofoca la alegría, y

sacando el sable, rompe las cadenas de Zulema, sostiénela, prométela venganza, y amenaza con ojos airados á la tropa horrible que le rodea.

Los bárbaros suspensos al principio; vuelven en sí, murmuran, y se irritan. El Etíope feroz que los caudilla, cubierta la cabeza espantosa de un turbante blanco, acomete á Gonzalo, y le hiere con el puñal. El héroe le inmola de una sola cuchillada. Los clamores resuenan en todo el navío: los soldados y marineros unidos, blasfemando todos, armados de armas diferentes, arremeten todos á Gonzalo, llenando el ayre de espantosos aullidos, al modo que sobre el Caucasó se ve una nube de horribles cuervos atacar al paso á una águila, que desprecia sola su vano furor.

Apoyado contra el palo mayor, sosteniendo con una mano la princesa, y es-

grimiendo con la otra la brillante espada, los espera el héroe sin temor. Caen á sus pies los primeros : los otros se estrechán y los reemplazan. Gonzalo acelera los golpes, y su alfange despide á lo léjos las armas y los miembros dispersos : corren arroyos de sangre por el navío, y se mezclan y confunden los ayes de los heridos, los gritos de Zulema y los clamores de los combatientes. El tumulto, la muerte, el terror, rodean por todas partes al héroe; y los relámpagos, las tinieblas, el rugido de los vientos, el estrépito de los truenos, aumentan el horror del sangriento combate.

Gonzalo, rodeado de enemigos, no puede parar todos los golpes. Atendiendo á Zulema mas que á sí propio, se descubre para preservarla, y recibe profundas heridas, poco atento á su defensa. El leal Pedro, peleando al lado de su señor, oye la voz de la princesa que le

advierete que ponga en libertad los prisioneros que gimen en el fondo del navío; y sin ser notado, corre, baxa, rompe las cadenas, y los cautivos ya armados, vuelan á socorrer á Gonzalo. Pedro llega, se pone delante de Zulema, y el héroe ya libre, semejante al leon que rompió la cadena que le aprisionaba, descarga, inmola, disipa la vil tropa de asesinos, los persigue hasta la popa, los estrecha entre la espada y las olas, les presenta por todas partes la muerte, y ayudado de los cautivos, obliga en fin al resto de la bárbara tropa á precipitarse en las agnas. El héroe vencedor, y casi moribundo, discurre por el navío, y no encontrando mas enemigos, vuelve á la princesa, va á hablar, y cae á sus pies sin aliento.

El mar estaba ya en calma, los vientos no agitaban las olas, y las nubes habian descubierto el brillante azul del cie-

lo. Huyó la noche , y el oriente colorado de púrpura se inflamaba con los rayos del dia. El navío desamparado se mantiene aun sobre las aguas : sin velas ni timon , permanece inmóvil en medio de las ondas.

Zulema, el leal anciano, los cautivos que ha libertado, todos cercan á Gonzalo , y procuran volverle á la vida ; pero todos sus anhelos son vanos. Gonzalo inmóvil yace al lado de sus víctimas , el rostro pálido , la cabeza inclinada sobre el pecho , los ojos al parecer cerrados con el sueño de la muerte. Pedro le levanta llorando : los cautivos de rodillas le sostienen : la princesa aprieta entre sus manos las del héroe , despojase del velo que la cubre para detener la sangre que corria de las heridas , y contempla enternecida el rostro de su libertador.

Al fin Gonzalo entrecabre los ojos, y

los vuelve al punto á cerrar , despidiendo un profundo suspiro. Zulema y Pedro , llenos de regocijo , se entregan á la esperanza. Preparan prontamente un lecho para el héroe moribundo , prodigando los medios que pueden inventar el zelo , el reconocimiento y la dulce amistad. Gonzalo recobra los sentidos , ve cerca de sí á la princesa , y hace inútiles esfuerzos para hablarla. Sois vos?..... Sois vos?..... son las únicas palabras que puede pronunciar su boca. Zulema le suministra una bebida para fortificarle , le entretiene con tiernos discursos , y deseosa de que el sueño repare las fuerzas perdidas , se retira con el anciano.

Los cautivos , que Pedro reconoce por Bereberes , exâminan el estado del navío. Del timon solo quedaban hastillas , los mastiles estaban sin velas , y las olas entraban en el buque. Pedro de lo alto de la tilla , descubre la tierra á corta distan-

cia, y mostrándola á Zulema , anuncia que pueden abordar.

Apresuraos , dice la princesa , pues si mis ojos no me engañan estamos cerca de Málaga : entrad seguros en la rada en donde se obedecen los preceptos de la hermana del rey de Granada , hija de Muley-Hassem. En aquel palacio que se descubre en medio de esa selva , recibiré al héroe á quien debo la vida , en donde espero satisfacer el reconocimiento tan caro á mi corazon. Pero libradme de mi impaciencia y decidme , quien es este generoso guerrero. ¿Es por ventura algun príncipe , algun rey de Africa ? Ó si doy crédito á mi imaginacion , es el mayor de los mortales.

El prudente anciano que la escucha , se enternece al considerar el peligro en que se ve su señor , y querria huir de aquella tierra enemiga en donde los

Castellanos solo encuentran cadenas , en donde el nombre famoso de Gonzalo ha de excitar á la venganza un pueblo á quien venció tantas veces ; pero el pronto socorro necesario al héroe , el deplorable estado del navío , la presencia de los Berberes á quienes habia puesto en libertad , le obligan á obedecer. Titubea , reflexiona sobre lo que ha de responder á la princesa , y sonrojado de engañarla , la dice : no errais en creer que este héroe venia de Africa : el nacimiento mas illustre es la ínfima de sus qualidades. Émulo de las hazañas de tantos guerreros que se han distinguido en el sitio de Granada , venia á esta ciudad para vencerlos ó eclipsarlos. La tempestad rompió su navío , y el vuestro nos ha servido de asilo. Lo demas ya lo sabeis , y vuestro corazon sensible os dirá mejor que yo , sin duda , los deberes que teneis que cumplir.

Calló : Zulema suspira , y cree que

Gonzalo viene á socorrer á su patria , aumentándose de este modo su reconocimiento. Su imaginacion vuela , y piensa que un guerrero igual será el libertador de Granada , y podrá defenderla de los que la persiguen. Las hazañas que ha hecho en su favor , las pocas palabras que ha pronunciado , la mano que apretaba la suya , durante el combate terrible , todo se pinta en su memoria , causándole una secreta alegría. Zulema suspensa , experimenta una dulce sensacion que no puede explicar , y sin atreverse á dar asenso á sus ideas , concibe lisonjeras esperanzas.

En tanto el navío se acerca , y da fondo en la rada. El pueblo que habia acudido al puerto , reconoce á la jóven princesa , y la saluda con festivas aclamaciones. Miétras conducen al héroe , Zulema no se aparta de él , y manda llamar dos ancianos célebres en el arte de curar las

heridas , á quienes confia su libertador ,  
y rodeado de los presos que libertó su  
valor , sobre las espaldas de los esclavos ,  
los guia ella misma hácia su palacio.

FIN DEL LIBRO I.<sup>o</sup>

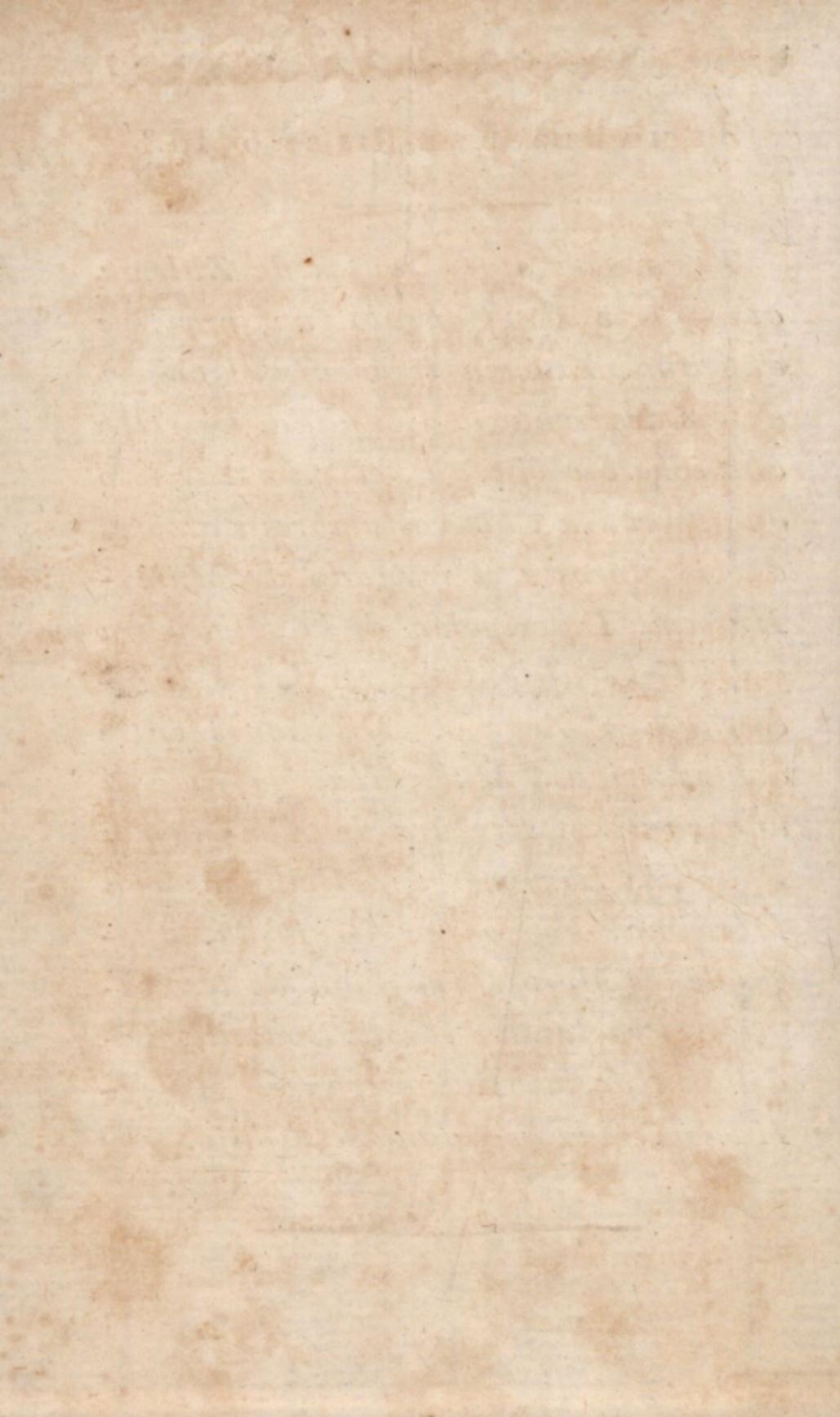


SUMARIO DEL LIBRO II.º

---

*TIERNOS sentimientos de Zulema quien cree ser Gonzalo un príncipe africano. Zulema le cuenta el origen de las desdichas de Granada. Describe esta soberbia ciudad, el pais delicioso que la rodea, las costumbres y amores de los Moros y el reynado de Muley-Hassem. Descripcion de la Alhambra y del Generalife. Carácter de los Abencerrages y Zegries. Divisiones entre ambas tribus. Muley-Hassem ama á una cautiva. Pintura de Almanzor y Boabdil. Himeneo de Almanzor con Moraima. Fiestas en Granada. Juegos de los Moros. Traycion de los Zegries. Proclaman rey á Boabdil. Fidelidad de los Abencerrages. Muley-Hassem cede la corona á su hijo.*

---



## LIBRO SEGUNDO.

---

¡QUAN dulce es á un corazon generoso la necesidad de amar el objeto amado, y satisfacer á un tiempo su terneza y su virtud ! El reconocimiento solo, tan caro á los corazones grandes, basta para su felicidad ; pero quando el ídolo en quien se emplea, le enlaza por otros motivos, juntándose una delicia interior á la tierna impresion, que dexan los beneficios, no hay felicidad capaz de igualar á la de estos dos sentimientos : nada puede equivaler á la feliz armonía de un deleyte puro y un deber sagrado.

Tal era la felicidad de que gozaba Zulema. En llegando con el héroe á su retiro pacífico, le coloca en el mejor aposento, y pensando solo en él, pregunta continuamente á los ancianos, busca por sí misma los simples que le indican,

y los prepara con sus propias manos. La debilidad impide á Gonzalo el demostrar la emocion de su espíritu ; pero las lágrimas del regocijo corren por sus mejillas , estimando y bendiciendo sus heridas , deseando en su corazón que se dilatase la cura.

Los doctos ancianos quitan los primeros vendajes , y Zulema , embargado el aliento , fixando en sus ojos los suyos , manifiesta en el rostro el temor y la esperanza , sin atreverse á instarles á que se expliquen , temiendo y deseando que hablen ; pero sabedora ya de que la vida del héroe no pelagra , apénas puede reprimir el contento , prodigando presentes , promesas y dádivas. Penetrada de un sentimiento , que confunde con la gratitud , manifiesta descubiertamente una alegría , que mira como un deber.

Fortalecido Gonzalo con tan tiernas

caricias , puede en fin hablarla , y mirándola con ojos enternecidos , levantando hácia ella sus trémulas manos , le dice con voz débil : ¿ porque os dignais de salvar mi vida ? Si no he de poder consagrarla enteramente á vos , dexadme , dexadme morir.

Gonzalo no osa proseguir ; pero la princesa entiende su silencio , y enternecida baxa los ojos , procura ocultar la turbacion , cubriendo de risa su semblante , le habla de su valor , le nombra su libertador , y le recuerda lo que le debe para justificar lo que siente.

El fiel Pedro no se aleja de su señor , y le instruye secretamente del nombre y clase de la que ha salvado , de los parages que habita en su compañía , y del error en que está Zulema creyéndole un príncipe africano. El héroe vitupera el misterio , y su corazon no puede sufrir

tal engaño, queriendo descubrirlo al momento; pero Pedro le conjura, le suplica de no exponerse al furor de un pueblo enemigo, que Zulema no podría reprimir. Los riesgos que amenazan su vida no le intimidan; pero cede al hablarle de los tormentos á que se veria expuesto su antiguo y leal servidor.

Pasados algunos dias en la asistencia y auxilio de los ancianos, la princesa refiere á Gonzalo el estado en que se hallaba Granada, las turbulencias que la habian agitado, y los crímenes del rey Boabdil. Sentada junto al lecho del héroe, que cree nacido léjos de España, se ofrece á contarle las divisiones y las desdichas de que fué testigo. Gonzalo con agradable y risueño semblante, pide saber la historia en que ha de estar interesada Zulema, y la jóven Mora comienza sin tardanza.

No ignorais, le dice, la grandeza y

gloria á que se elevó casi en su principio el imperio de los Arabes en España. Los Christianos vencidos por nuestros valerosos abuelos , y acosados de nuestras armas triunfantes , no encontráron otro asilo que las montañas de Asturias. Ocultos en ellas por espacio de muchos siglos , las desgracias aumentáron sus ánimos , al mismo tiempo que la prosperidad nos corrompia. Nuestros reyes se hicieron tiranos , miéntras los reyes Christianos eran héroes. Salen en fin de sus hogares , atacan á sus vencedores , y aprovechándose de las guerras intestinas de nuestros varios Monarcas , no dexáron á los antiguos conquistadores mas que los estados de Granada.

Esta célebre capital construida al pie de nevados montes , se levanta sobre dos colinas en medio de un pais lleno de encantos. El Darro cuyas rápidas ondas pasean el oró sobre sus arenas , atraviesa la

ciudad entera : Xenil cuyas aguas saludables son las delicias del ganado, viene á rendirle copioso tributo : por todas partes la rodea una vega deliciosa, en donde crecen casi sin trabajo las abundantes mieses, los bosques de naranjos, los olivos mezclados con las viñas, las palmas entre las encinas : canteras inagotables de jaspes, mármoles y alabastros, son el ornamento de los soberbios alcázares y de los edificios magníficos, que se han multiplicado en la ciudad : surtidores innumerables refrescan el ayre que se respira, hermosean las plazas inmensas, en donde diariamente viene á ejercitarse la juventud belicosa; y los jardines cubiertos de flores, llenos siempre de la sombra de los granados, los cedros y los rosales, forman de la ciudad mas hermosa, la mayor capital de los imperios.

Centro de todas las fuerzas y de todo el poderío de los Moros, allí se elevó el

templo de nuestras ciencias y artes. Desde los confines del Asia, desde las orillas del Nilo, del pie del Atlas, los Reyes, los guerreros, y los sabios venian á Granada á tomar los exemplos y las luces. Las guerras freqüentes con una nacion animosa, leal y generosa, mantenian entre el Arabe y el Español, una emulacion continua de gloria. La juventud Mora, inclinada naturalmente al amor, habia olvidado las máximas bárbaras del oriente, aprendiendo de sus enemigos aquel profundo respeto, la tierna veneracion, la constancia eterna, que dominan los corazones de los amantes españoles, les presentan el objeto adorado como el Dios de sus acciones, los hacen superiores á sí mismos, dándoles todo género de virtudes fáciles ya por la esperanza de agradar. Las mugeres orgullosas con su imperio, le merecian para conservarle. Engrandecidas á sus propios ojos con la ofrenda pura que tributaban á su belleza,

procuraban hacerse dignas del tributo precioso que les ofrecian. Incapaces de una flaqueza que les costaria su felicidad , eran castas para ser amadas , y fieles para permanecer dichosas.

Tal era esta corte brillante , asilo halagüeño del amor , de las bellas artes y de la urbanidad , quando mi padre Muley-Hassem jóven todavía , subió al trono. El nuevo rey , dotado de todas virtudes , las hizo mas comunes y mas caras á su nacion con su exemplo. Famoso ya por su valor , tomó la ciudad de Jaen , y forzó al altivo Castellano á firmar una paz duradera. Entónces volvió toda su atencion á su pueblo , y nuestro gobierno despótico , tan funesto en tiempo de otros monarcas , fué para mi padre el medio mas seguro para hacer felices á sus vasallos. Los grandes del imperio conocieron por fin que estaban sujetos á su justicia , y que esta era igual para todos : el

labrador, oprimido hasta entónces, recogia en paz sus mieses : los ganados cubrian nuestras verdes montañas : los árboles y las plantas útiles se multiplicáron en los campos : la tierra tan fecunda en estos climas , ostentaba en todas partes sus tesoros ; y el reyno de Granada , favorecido por la naturaleza , gobernado por un príncipe sabio , cultivado por manos laboriosas , parecia un vasto jardin , cuyos frutos apénas podia consumirlos una innumerable familia.

Despues de haber cimentado la felicidad de sus pueblos , enriquecido mi padre con la abundancia de que gozaban sus vasallos , quiso distraerse con las artes , empleándolas en su gloria. Las mezquitas revestidas de mármol , los aqueductos de granito se levantaban por todas partes. El famoso palacio de la Alhambra , empezado por Emir-Almunenim , le acabó Muley-Hassem , superando este monumento de

magnificencia los prodigios de la imaginacion. Millares de columnas de alabastro sostienen inmensas bóvedas, cuyos muros cubiertos de pórfido resplandecen con el oro y el azul: las aguas de mil fuentes, formando en medio de los aposentos cascadas de plata líquida, llenan los canales de jaspe, serpenteando por las galerías: el dulce perfume de las flores se mezcla con el de las aromas, que arden continuamente en los subterráneos, y exhálándose por los pedestales de las columnas, embalsaman el ayre que se respira: las claraboyas que miran á la ciudad, á las risueñas orillas de ambos rios, á los montes nevados, ofrecen á los ojos continuamente admirables y variadas pinturas. Quanto halaga los sentidos, quanto el arte y la naturaleza, la magnificencia y el gusto pueden reunir para el deleyte, se encuentra en esta bella mansion, unido á las grandes obras que encantan el entendimiento. Al lado de las bulliciosas

aguas, en medio de suntuosas esculturas, están grabados sobre pórfido los versos de nuestros poetas Arabes. Encima de la puerta del inmenso salon, donde hace justicia nuestro rey, se lee esta inscripcion.

Palidece, ó Maldad : dó quier que huyas  
 Allí te seguiré. Con paso lento ,  
 En pos va del delito el escarmiento.  
 Ven, llega sin temor, huérfano triste,  
 Que aquí te espera el padre que perdiste.

A la entrada del aposento, en donde la reyna junta las bellezas de su corte y los guerreros de nuestro ejército, se ven grabados, en letras de oro, estos versos.

El amor, honor y gloria  
 Aquí entre inocentes juegos  
 Nacen, y el pudor hermoso  
 Les da regalados premios.

No cuesta aquí la inocencia  
 El favor mas lisonjero ;  
 Ni en el amor hay flaqueza,  
 Ni furor en el guerrero.

Basta al valor la victoria ;  
 Y á los corazones tiernos  
 Basta en amorosas lides  
 Poder triunfar complaciendo.

A este delicioso palacio le rodea un jardín ameno, que por su sencillez agradable, compite con el luxo de aquel : tal es el famoso Generalife , célebre en el Africa y el Asia , objeto de emulacion de los poderosos Califas , que en el Cayro y el Bagdad han procurado igualarle. Allí nada sorprehende : los ojos satisfechos no encuentran ni los esfuerzos del arte , ni los maravillosos prodigios , que agradan ménos que admiran , recordando solo la idea del poder y la riqueza. Todo ofrece la imágen de aquellos bienes fáciles , que se gozan sin admirarlos : los bosques de naranjos y mirtos cortan los verdes llanos , regados de transparentes aguas ; y colocados con arte , ya ocultan , ya descubren las perspectivas distantes , los pueblos comarcanos , los campos cultivados,

la

la nieve acumulada sobre los montes, los palacios y monumentos de Granada : á cada paso sobre las colinas fértiles se encuentran las viñas, los olivos, los granados entrelazando sus frutos y sus flores : ya una armoniosa cascada se precipita de lo alto de una roca, ya un arroyuelo tranquilo sale murmurando al pie de los rosales : aquí hay una gruta solitaria por donde se filtran mil hilos de agua cristalina ; allí un bosque sombrío en donde vuelan mil canoros ruiseñores ; y en todas partes, un aspecto diferente, una situacion nueva, producen en el alma sentimientos dulces y un placer puro.

En este hermoso y soberbio asilo, reynó feliz por largo tiempo, mi padre Muley-Hassem : pero el odio de las dos tribus llenó sus dias de amargura, guiando al fin su imperio á las márgenes de su ruina.

Ya sabeis que los Moros , aunque jun-

los forman una nacion , han conservado las costumbres patriarcales de los Arabes nuestros abuelos. Las familias no se confunden , sino que cada una es una tribu mas ó ménos poderosa , por su número , sus esclavos y sus riquezas ; cuyos miembros unidos se miran como hermanos , se ayudan mutuamente , marchan juntos á la guerra , y no separan nunca sus bienes , sus intereses , ni sus resentimientos.

Entre estas tribus , la mas belicosa , la mas ilustre y mas estimada es la de los Abencerrages , descendientes de los antiguos reyes , que reynáron en el Yemen , de prendas superiores á su noble origen , invencibles en los combates , dulces y clementes en la victoria , siendo la delicia y ornato de nuestra corte con sus gracias y sus talentos. Los Españoles los respetan , y les prodigan su amor , por la bondad y los beneficios de que colman á los cautivos. Sus inmensas riquezas fué-

ron siempre el patrimonio de los pobres. En las batallas, en los torneos, en los juegos, el premio del valor y la destreza perteneció siempre á los Abencerrages. Jamas se vió un vil cobarde en esta célebre tribu: jamas un amigo falso, un esposo infiel, un amante pérfido, ha marchitado la gloria de esta ilustre familia.

Sus únicos rivales en riquezas y tal vez en valor son los famosos Zegries, descendientes de los monarcas de Fez. A pesar de mis justos resentimientos contra esta tribu criminal, no pretendo ocultar á vuestros ojos el resplandor de las acciones, que los han distinguido. Su valor invicto ha asolado repetidas veces las tierras de los Castellanos, adornando nuestras mezquitas sus manos victoriosas, con los estendartes enemigos; pero el furor y la sed de sangre deshonoró tan gloriosas hazañas. Nunca los Zegries tuvieron un cautivo: los vencidos perecen á sus ma-

nós. Ni la amistad , ni el amor suavizaron nunca su ferocidad. Desdeñando con orgullo las qualidades amables del corazon , las gracias y los talentos del entendimiento, que estimamos en nuestra corte, reputan por flaqueza la dulce sensibilidad. Soberbios , turbulentos, feroces, su gusto es el teatro de la muerte; y sin saber mas que pelear y vencer , desprecian las demas artes.

Una violenta envidia los animaba tiempo habia contra los generosos Abencerrages , viéndose muchas veces las dos valerosas tribus á punto de venir á las manos. La autoridad de Muley-Hassem pudo sola contenerlos ; pero su odio era público , y las principales familias de Granada habian abrazado uno ú otro partido : los Almoradics y Alabezes sostenian la causa de los Abencerrages : los Gomeles y los Vanegas defendian la de los Zegries : las demas tribus mas obscuras habian imitado

este exemplo : la corte y la ciudad estaban divididas , y mi padre temblaba , temiendo á cada instante el ver á Granada inundada de sangre.

El alma noble y tierna de Muley-Hassem , no estuvo vacilante acerca del partido que debia proteger. Sus propias virtudes le arrastraban involuntariamente hácia los Abencerrages ; pero esta preferencia , imposible de disimular , daba nuevo pábulo al odio de sus enemigos. Muley lo conoce ; y para aplacar el descontento de los Zegries con un honor señalado , toma esposa de aquella tribu , y la hija de Almadan , Aixa , fué reyna de Granada. Aixa era hermosa ; pero la insensibilidad y el orgullo , que heredó de su familia , eclipsaban el resplendor de su belleza. Mi padre , no pudiendo amarla , se vió precisado á repudiarla , despues de haber tenido de ella un heredero del trono , el fogoso Boabdil , que ahora rey-

na en Granada , cuyo natural temible no tardareis en conocer.

El rey , desgraciado en su himeneo , no quiso volver á sujetarse á su coyunda , imposibilitándolo mas para ello el amor ardiente que tenia á una cautiva española. La hermosa Leonor habia aprisionado su corazon ; pero fiel á la religion de sus padres , sin esperanza ni deseo de reynar entre los Musulmanes , estimaba las prendas y no el poder de Muley ; y llorando muchas veces con él las desgracias que trae consigo el reynar , le consolaba de los disgustos del trono , de la fatiga de las ofrendas , del vacío que dexa la grandeza , y calmaba aquella pena interior , aquellas desazones dolorosas que experimentan los que están condenados á vivir sin amigos.

El primer fruto de su amor fué el generoso Almanzor , aquel que defiende

hoy á Granada, y cuyas hazañas habrán sin duda llegado á vuestros oídos.

Le conozco, responde prontamente Gonzalo: conozco ese valeroso guerrero. ¿Donde no habra llegado el nombre del virtuoso Almanzor, la mas firme columna de vuestro imperio, la gloria y modelo de vuestra corte? ¿Quien ignora que ese príncipe, tan temible en las batallas, inspira á sus mismos enemigos la admiracion y el respeto, lazos eternos que á pesar de la guerra, unen todas las almas grandes? Mi corazon le venera, y de todos vuestros Moros solo de él deseo ser émulo, solo á él quisiera igualar, pues superarle es imposible.

La princesa escucha con regocijo el elogio de su adorado hermano, y mostrando á Gonzalo su agradecimiento en su risueño semblante, continúa su discurso.

Yo fui la última prenda de amor, que el rey recibió de Leonor. Jamas hubo madre tan tierna, que hiciese tanto por su amada hija. Sus pechos me alimentaron, y sin querer confiar á nadie el cuidado de mi infancia, dirigió sola mi educacion. Al pensar en aquellos apacibles dias, pasados en el seno de mi madre, apenas puedo contener las lágrimas. Mi hermano Almanzor nos acompañaba, y hallándose con algunos años mas que yo, me explicaba las lecciones que aun no eran para mis alcances, enseñándome lo que él habia aprendido: yo le escuchaba con reconocimiento, y sentia dentro de mí, aquel respeto tierno y confiado, que todavía se conserva en mi corazón. Mu-ley venia repetidas veces á tomar parte en nuestros juegos, olvidando entre nosotros los disgustos que le causaba Boabdil; y mi tierna madre encontraba su mayor felicidad, quando el rey que adoraba, la visitaba en su retiro, y apre-

taba sus queridos hijos en sus paternas  
brazos.

Por desgracia, este feliz tiempo fué  
de corta duracion. El Español atacó nues-  
tras fronteras ; y mi hermano, estimulado  
de la gloria, nos dexa y vuela á la ba-  
talla, sin que su valor y sus heroicas  
hazañas nos consolasen de su ausencia.  
Siempre que salia triunfante, venia á  
ofrecer sus laureles á su madre : pero al  
punto volvia á dexarnos. Yo misma me  
ví precisada á mostrarme en la corte, á  
vivir en medio del tumulto, suspirando  
por aquellos tranquilos años consagrados  
únicamente á la ternura, y muy presto  
otras penas mas amargas me prepararon  
mis desdichas.

La Parca arrebató á mi madre, espi-  
rando en mis brazos, despues de haber  
padecido largo tiempo. ¡ O madre ! ¡ O  
tierna y cara madre ! Jamas te apartarás

de mi memoria triste. Aun suenan en mis oídos las últimas palabras que dixiste á tu desgraciada hija. Dirige, ó dulce madre! dirige mis pasos, desde lo alto del cielo. No, tu hija no ha faltado á la promesa, que hizo en tus moribundas manos: sea del mismo modo fiel á los deberes que me enseñaste, é inspira en este corazón, donde habitas, las virtudes de que me diste el exemplo.

El llanto no la dexa proseguir, cubriendo el rostro inundado en lágrimas, con sus hermosas manos. Gonzalo tan enterrecido como Zulema, la contempla atento, y el respeto que le inspira su dolor, no le permite interrumpir su piadoso silencio. Al fin la princesa vuelve á hablar, procurando afirmar su trémula voz.

El rey quedó desconsolado, y solo mi hermano y yo pudimos hacerle soportable la vida sin su Leonor. Almanzor que

se hallaba en el ejército, volvió lleno de dolor, á mezclar sus lágrimas con las de un padre, que no le permitió separarse de él. Boabdil, ocupado largo tiempo habia en sus criminales proyectos, se aprovechó de esta ausencia para ganar los ánimos de los soldados. A los dones de la naturaleza, unia Boabdil el valor heroico, que tan bien sienta á un príncipe jóven, y la prodigalidad, grata á los cortesanos: qualidades convenientes para deslumbrar al pueblo. ¡Oxala que yo pudiese ensalzar otras virtudes de Boabdil! pero la falsa adulacion corrumpió su juventud, persuadiéndole desde la temprana edad, que no habia mas deberes que los que se debian á su clase. Creyéndose superior á las leyes, porque no estaba sujeto á sus penas, no veia que el castigo mas terrible, el odio y el desprecio público, son el suplicio de los grandes, á quienes ellas no alcanzan. El hábito de satisfacer sus pasiones las trans-

formó en vicios , y pronto perdió el remordimiento , último amigo de la virtud , pasando rápidamente de los placeres á los excesos , de los excesos á los crímenes. ¡ Miserable suerte de un príncipe , cuya vida entera depende de la eleccion de sus primeros amigos !

Boabdil se entregaba sin reserva á los Zegries , quienes deseaban con ansia ver sobre el trono un monarca de su estirpe , y buscaban los medios de renovar los exemplos , tan comunes entre nosotros , de padres destronados por sus hijos , de reyes depuestos por sus vasallos. Sus designios impios de ganar el ejército , no encontráron obstáculo sino en los Abencerages. Estos fieles guerreros advirtiéron de ello á Muley , y mi padre partió al punto , se mostró á los soldados , y su presencia restableció el buen órden ; pero el mal habia echado raices tan profundas , que la menor centella debia producir

cir súbitamente un incendio voraz. El rey rezeloso de un hijo ingrato, que no se atrevia á castigar, hizo tregua con el Español, y desconcertó á los Zegries, licenciando el ejército.

Vuelto á la capital, Muley procura calmar los ánimos, y disipar las facciones de su corte, dando mas noble pábulo á aquella fogosa inquietud, á aquella inconstancia perenne, características siempre de la gente mora : las fiestas, los torneos, los juegos tan frecuentes en otro tiempo en Granada, se renováron por sus órdenes. Entregado al profundo dolor, llorando siempre su amada Leonor, se negaba su corazon á tales regocijos ; pero su sabiduría queria dar ocupacion á la juventud belicosa, y evitar una guerra civil, cuyo solo pensamiento estremecia su corazon sensible y paternal.

El casamiento de mi hermano dió moe

tivo á las fiestas. Largo tiempo habia que el animoso Almanzor ardia por la hermosa Moraima, de la tribu de los Abencerrages. Moraima amaba á Almanzor. ¡ Y quien no hubiera aceptado la ofrenda del mas valiente, mas virtuoso de los príncipes! Moraima consulta á su madre, confiándole el secreto, y ella le permite declararselo á su amante. Desde entónces, la tierna Moraima no respira, ni vive sino por el héroe, dueño de su corazon. La mas leve sospecha, el mas ligero enojo no turbó jamas sus constantes amores. Seguros el uno del otro, penetrados ámbos de una pasion fundada en la recíproca estimacion; ciertos de que el universo se aniquilaria, ántes que hubiese mudanza en ninguno de ellos, esperaban el himeneo con aquella dulce impaciencia, que templa la felicidad presente. No ignorando que llegarían á ser mas felices, se contentaban con esta esperanza, con verse todos los dias, con

hablar de sus tiernos afectos, con animarse mutuamente á seguir la virtud. Tan dulces les eran estos placeres, que sus almas castas y puras no imaginaban otro ninguno que pudiese excederlos.

El rey quiso unirlos, y mostrar en este himeneo, toda su magnificencia. Moraima, cubierta de un velo lleno de perlas, vestida de tela de oro sembrada de preciosas piedras, sale por la ciudad segun el uso de nuestra nacion, sobre un soberbio caballo, acompañada de tropa de mugeres. La música la precede, siguiéndola multitud de esclavos, llevando en azafates guarnecidos de flores, los tejidos de Persia, los velos de la India, los ricos adornos de la jóven esposa. De esta manera se trasladó á la mezquita, donde la esperaban los Abencerrages. Almanzor vino acompañado de mi padre, rodeado de una espléndida corte, eclipsando á los demas guerreros su estatura, su as-

pecto, su gallardía, y aquel ayre de magestad y bondad, que indica la feliz tranquilidad de que goza un alma grande.

El iman invoca al profeta, y el pueblo responde con aclamaciones, en favor de los nuevos esposos. De allí los conducen al son de atabales y chirimías, al palacio de la Alhambra, exhalándose exquisitos perfumes al rededor, durante la marcha. Doce doncellas vestidas de blanco precedian á la hermosa Moraima, y doce mancebos coronados de rosas marchaban delante de Almanzor. Ambas tropas esparciendo flores sobre el camino, cantaban estas palabras :

A M B O S C O R O S .

Amor, Amor, descende,  
 Y al himeneo tu querido hermano,  
 La hacha inmortal enciende.  
 ¡ O fecundo consuelo  
 Del hombre! de tu asiento soberano,  
 Baxa en rápido vuelo,

Riendo con la cándida inocencia.  
 Todo florece; el ayre se embalsama,  
 ¿ Qual encanto, qual Dios el pecho inflama?  
 ¡ Amor! oh! salve amor! es tu presencia;  
 ¡ Salve! Escuchó nuestro feliz deseo,  
 Cantemos el Amor y el himeneo.

### CORO DE MANCEBOS.

Cantad, la frente hermosa  
 De azucenas y rosas coronando  
 A la tímida esposa.  
 Su virtud, sus amores,  
 Doncellas del Xenil, dulces cantando,  
 Al cielo sus loores  
 Alzad : vosotras de su pecho ardiente  
 Los secretos guardais. Virgen un dia,  
 Los juegos y el placer con vos partia,  
 Y sus deseos os fió inocente.  
 ¿ Callais? ¿ qual pena vuestro pecho anida  
 Que inunda en llanto vuestra faz caida?

### CORO DE DONCELLAS.

Pudorosa y amante,  
 En nuestro coro virginal brillaba  
 Qual la palma triunfante,  
 A par de humilde helecho.

Tierna , modesta , la virtud dictaba  
 En su sencillo pecho ,  
 El inocente amor que en este dia  
 Premia himeneo. ; Dia malhadado !  
 ¿ Y la arrancas por siempre á nuestro lado ,  
 A nuestras inocencias y alegría ?  
 Ah ! mas valiera libertad gozosa ,  
 Que de himeneo la cadena hermosa .

CORO DE MANCEBOS.

El Ruiseñor que ahora  
 Repite sus querellas amoroso ,  
 Del ocaso á la aurora ,  
 Algun dia contento  
 Su dulce libertad cantó orgulloso.  
 Amor le oia atento ,  
 Y en su pecho infantil adormecido  
 Crece con él , qual encubierta llama.  
 Sopla la juventud ; amor le inflama ,  
 Y á Dios libre reposo , ántes querido !  
 A Dios ! mas vale esclavitud amada ,  
 Que estéril libertad desesperanzada .

A MBOS COROS.

Amor , amor , descende &c.

## CORO DE DONCELLAS.

Huyéron , ay ! huyéron  
 Para siempre los días que á su lado  
 En delicias nos viéron.  
 Ya nos será la vida  
 Eterna soledad y desagrado.  
 Ella , en tanto , querida  
 Vivirá para amar. Ay ! imitemos  
 Sus virtudes : tal vez tan virtuosas  
 Nos veremos , qual ella , venturosas ,  
 Y algun digno mortal... Ah ! no hallarémolos  
 Jamas otro Almanzor. ¿ Quando natura  
 Unió á tanto valor tanta ternura ?

## CORO DE MANCEBOS.

Dulce , respetuoso  
 En sus cariños , en el Marcio duelo  
 Su brazo impetuoso  
 Muerte , pavor , congoja ,  
 Qual rayo ardiente en africano suelo ,  
 Irresistible arroja.  
 Vence , y triunfa de nuevo perdonando  
 ¿ De dó tanta virtud ? De sus amores.  
 Sed Moraimas , serémos Almanzores :  
 Que en ricos frutos se hermosea amando

La higuera ya feliz, que, ántes cercada  
De estéril soledad, fué desamada.

A M B O S C O R O S .

Amor, amor, desciende &c.

C O R O D E D O N C E L L A S .

Vivas, Moraima tierna,  
Vivas dichosa de tu esposo al lado  
En primavera eterna.  
Cada naciente aurora  
Te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;  
Y, siempre encantadora,  
Mas bella cada vez te halle tu esposo.  
Fecunda oliva, tus hermosos hijos  
Siembren con sus pueriles regocijos,  
Tu juventud de plácido reposo;  
É imágen paternal, allá en tu invierno  
Cierren tus ojos en el sueño eterno.

C O R O D E M A N C E B O S .

Por siempre afortunado  
Viva Almanzor en brazos de su esposa.  
Volviendo coronado  
De la batalla impia,  
Una nueva virtud y gracia hermosa

En Moraima le ria ;  
 Y en candor infantil sus hijas bellas  
 Su faz halaguen con la débil mano.  
 Tímidas crezcan, y el Xenil ufano  
 La imágen maternal retrate en ellas,  
 Y, madres faustas, en su prole hermosa  
 Vea muriendo renacer su esposa.

A M B O S C O R O S.

Amor, amor, descende &c.

Muley-Hassem habia destinado la mañana del siguiente dia para nuestros juegos nacionales, la sortija y las cañas. Previnieronse todos los guerreros, prodigando sus tesoros para distinguirse en armas riquísimas y en soberbios caballos. Las bellezas de la corte, ansiosas por ver á sus amantes vencedores, les envian lazos y divisas, y muchas les demuestran sus tiernos afectos por la primera vez, esperando animarlos de este modo, sacrificando su propio orgullo.

Apénas habia el sol dorado las torres

de los palacios de Granada, quando una inmensa multitud, mezclada con los forasteros, que la noticia de las fiestas habia atraído, ocupa las gradas que se habian colocado en la plaza de Vivarrambla. En el medio de este vasto recinto, en donde pueden ponerse en batalla veinte mil guerreros, se elevava una vistosa palma, cuyo tronco era de bronce y las ramas de oro, compitiendo en ella la escultura con la riqueza. Una paloma de plata, posada sobre una de sus ramas, la inclinaba hácia el suelo con su peso, y sostenia la sortija, objeto de la conquista. Al pie de la palma, se veia el circo destinado para los jueces, los timbales é instrumentos, que habian de anunciar la victoria. El rey, la familia real y la corte, tenian preparados varios balcones, colgados de telas preciosas, con pavellones magníficos; y una infinidad de ventanas adornadas con guirnaldas y llenas de jóvenes moras, formaban al re-

dedor de la plaza un espectáculo brillante y ameno.

Los jueces habian ya ocupado sus lugares , quando Muley llega con toda la pompa del trono , llevando por la mano á Moraima , que deslumbraba con la multitud de diamantes que la adornaban. El pueblo seducido secretamente por los pérfidos Zegries , no prorumpió , al ver á su monarca , en aquellas aclamaciones de amor y alegría , que habia acostumbrado hasta entónces. El alma de Muley quedó penetrada de dolor ; y no pudiendo reprimir las lágrimas , vuelto hácia mi hermano que le acompañaba conmigo : hijo , le dice , demasiado he vivido , cesáron de amarme. Nosotros apretamos sus manos con ternura , Muley se sienta entre nosotros , su corte le rodea , los balcones se llenan , y el sonido de las trompetas , que se correspondian de las quatro barreras de la plaza , anuncia los campeones.

Entran pues por diferentes lados, divididos en quatro quadrillas. Los Abencerrages, que formaban la primera, venian vestidos de túnicas azules, bordadas de plata y perlas, montados sobre blancos caballos, cubiertos los arneses de zafiros, llevando en el turbante la garzota azul, color que distinguia á esta tribu; y en los broqueles un leon encadenado por una pastorcilla, con esta divisa célebre entre ellos : *dulce y terrible*. Todos en la flor de la edad, todos gallardos, brillantes, llenos de esperanza y de aquella noble animosidad que la urbanidad templada, se adelantan con ligero paso, mandados por Abenhamet, cuyas desgracias arrancarán pronto vuestras lágrimas, entónces ocupado solamente en vencer delante de Zoraida.

Formaban los Zegries la segunda quadrilla, vestidos de túnicas verdes bordadas de oro, y en los turbantes la garzota

zota

zota negra, color siniestro de su familia, montados sobre negros caballos, cubiertos con mantillas sembradas de esmeraldas : la frente erguida, los ojos airados, siguen con paso tranquilo á Alí, al formidable Alí, gefe de esta tribu terrible; Alí á quien quarenta años de victorias diéron el sobrenombre de *espada de Dios*, llevando en su broquel igualmente que sus compañeros, una cimitarra salpicada de sangre, con estas palabras: *esta es mi ley*.

Los Alabeces y Gomeles formaban las otras dos quadrillas : los primeros, vestidos de encarnado con bordado de plata, montados sobre Alazanes, con el mismo turbante de los Abencerrages : los últimos, aliados de los Zegries, sobre caballos bayos, llevando túnicas de púrpura y garzotas negras. Las quatro quadrillas saludan al rey, una despues de otra, hacen varias evoluciones, y ocupan los quatro costados.

El príncipe Boabdil salió entónces sobre un fogoso caballo africano. Al verle, el pueblo prorumpe en alegres vivas, y pasando con desden por delante de los Abencerrages, se coloca entre los Zegries: Allí le cede el mando, pero el príncipe le rehusa. El rey da órden á los jueces para distribuir lanzas iguales á los que quieran disputar los premios.

Cada cuadrilla habia de nombrar doce caballeros para correr juntos la sortija, y el dexar de acertar una sola, bastaba para perder el derecho de correr otra vez. El premio destinado al vencedor era una exquisita garzota de diamantes, reservando para consuelo de los vencidos, otros presentes no tan magníficos.

La señal se hace, y el primero que se presenta es el famoso Abenhamet, que, saliendo disparado como un rayo del esquadron azul, se lleva la primera sortija. El zegrí Ali pretendia llevarse la se-

gunda; pero Boabdil se adelanta, y turbándole el odio que profesa á Abenhamet, vuela, yerra el golpe, rompe furioso la lanza, y se oculta entre los Zegries. Allí se presenta, y se lleva la segunda: Abenhamet, ligero como el relámpago, gana la tercera: Allí vuelve, y gana la cuarta, excitando el aplauso general: el Abencerrage corre otra vez, da con la lanza, en la paloma, y salta al ayre la sortija; pero ántes que cayga al suelo, la enfilea con destreza, excitando las aclamaciones del pueblo. Allí no osa volver á la lid, y los Zegries, los Gomeles y los Alabeces corren inútilmente. Los mas afortunados se llevan cinco sortijas, quando Abenhamet habia ya ganado veinte. Mil clarines anuncian la victoria, y los jueces le adjudican el premio, que recibe de rodillas de la mano de Moraima, y corre á ponerle á los pies de Zoraida, cuyo corazon le habia estado deseando el triunfo y la gloria.

Prepáranse los quatro esquadrones para el juego de cañas, y armados todos de ellas, corren unos contra otros, las rompen contra los broqueles, las arrojan al ayre, y las cogen en su carrera. Todos manejan con destreza caballos mas rápidos que el águila; se atacan, huyen, vuelven, se forman, se dispersan, se paran, se reunen con precipitacion, engañando los ojos admirados, que no pueden seguir sus diversos movimientos: al modo que en el mar de Almería, se ve una tropa de delfines hender la líquida llanura, mezclarse con mil vueltas y rodeos, perseguirse sin alcanzarse jamas, saltando sobre las espumosas ondas.

Pero la traicion mas horrible estaba preparada para ensangrentar las fiestas. Los Zegries abominables llevaban cotas de malla debaxo de los vestidos dorados; y en el tumulto de los juegos, muchos de ellos cambiáron sus cañas por lanzas

verdaderas. Abenhamet fué herido el primero, y lleno de furor al ver correr su sangre, acomete con sable en mano al Zegrí que le habia puesto así, y le dexa tendido en el suelo. Los Zegries sacan los alfanges, y los Abencerrages instruidos de aquel atentado, vuelan á socorrer á su capitan : los Alabeces se declaran en su favor, y los Gomeles por los Zegries : los quatro escadrones pelean con igual esfuerzo, profiriendo ámbos partidos los nombres de traidor y alevoso. La sangre corre por la plaza, el pueblo se pone en fuga, y el odio, la venganza y la muerte se sacian en aquella atroz carnicería.

El rey, los jueces, mi hermano, hacen inútiles esfuerzos para apaciguar aquel furor : ninguno conoce la voz de Almanzor : todos desprecian la autoridad de Muley : todos atropellan los jueces del campo. Los Abencerrages que sienten

rechazar sus espadas las cotas de los enemigos, conocen la traicion, y corren á las barreras, para tomar sus corazas; pero los Zegries los persiguen, y los asesinan en aquel estrecho paso. En este desastrado dia, hubiera fenecido esta valiente familia, si mi hermano, que habia ido á armarse, no se hubiera presentado de repente en la plaza, y sosteniendo solo el esfuerzo de los vencedores, favoreciese á los Abencerrages. Los Zegries salen por otra parte, se esparcen por toda la ciudad, gritando : ¡ al arma ! ¡ Viva nuestro rey Boabdil ! Acabe de reynar Mulcy-Hassem ! El pueblo que ellos habian comprado, aumenta la tropa rebelde, y Granada se subleva en un instante. Cierranse las puertas de las casas; brillan en las calles millares de lanzas, y el ayre se llena de horribles gritos. Boabdil, en medio de los Zegries, sopla el fuego de la rebellion; los facciosos le proclaman rey, y al punto se encamina

á la Alhambra, seguido de un numeroso tropel.

Muley - Hassem se habia retirado á aquel palacio , solo con su familia. Nosotros estrechándole entre nuestros débiles brazos, procurabamos tranquilizarle, al mismo tiempo que un espanto mortal nos embargaba la voz y las fuerzas. El generoso rey , sin temer por sí , solo pensaba en sus vasallos , solo por ellos vertia piadosas lágrimas , solo por ellos invocaba al Ser eterno. ; Poderoso Allah ! exclamaba tendiendo al cielo las manos trémulas : rompe mi cetro , pero salva á mi pueblo ; perdona su furor , pues le engañan , le precipitan en el crimen : ; no le castigues , Dios piadoso !

Almanzor se prepara para defendernos ; junta las guardias dispersas , da armas á los esclavos , manda cerrar las puertas de la Alhambra , coloca los flecheros en las

torres, y puesto sobre la plataforma, se presenta apoyado sobre la lanza, que hace temblar á los Zegries.

Al mismo tiempo ve llegar los valerosos Abencerrages, armados de brillante acero, ardiendo en furor é indignacion. Los Almoradies y Alabeces, tribus fieles á su rey, viniéron á defenderle ó morir; y desdeñándose de esperar al enemigo detras de los muros del palacio, se colocan delante de las puertas. Almanzor corre á ponerse entre ellos, y las aclamaciones se repiten al verle. Oyense al mismo tiempo otros gritos, y se descubren los Zegries, los Venegas, los Gomeles, acompañando á Boabdil, seguidos de una multitud desenfrenada.

La vista de Almanzor los detiene. Un profundo silencio sucede al tumulto, y nadie osa poner las manos en el héroe de Granada, digno objeto de su admi-

racon , pero animados por Boabdil , se forman en batalla , y baxan las lanzas. Las trompetas de una y otra parte iban á dar la horrible señal , quando se abren repentinamente las puertas de la Alhambra , y Muley-Hassem trayendo en sus manos el cetro y la corona , se pone entre los dos exércitos.

Deteneos , les dice , y no os hagais dignos de la cólera celeste , derramando la sangre de vuestros hermanos. No prodigues esa sangre que necesitais contra los Españoles. Abencerrages , Zegries , vosotros mismos os quereis forjar las cadenas : olvidad esa fatal discordia , guardando el valor para emplearle contra vuestro comun enemigo. Decis que estais ofendidos , y no ignorais que yo lo estoy : aprended de mí á vengaros.

Pueblo de Granada , mi reynado te cansa : desde este instante se acabó. Pues

me niegas el amor , no quiero ya tu corona. Ven á recibirla , Boabdil : ven , toma ese cetro que deseas , y que tal vez encontrarás pesado : acércate , hijo mio , acércate y no te espantes : mira estas canas , y dime si pensaste acaso , que por los pocos dias que me quedan de vida , permitiria yo que corriese la sangre de mis vasallos. ¡ Ah Boabdil , Boabdil ! tú no conociste jamas mi corazon : tú le has llenado mil veces de amargura ; pero tu padre te perdona , si haces felices á tus vasallos ; si tu justicia y beneficencia no les dexan arrepentirse de lo que ahora hacen por tí. Pronunciando estas palabras , el augusto anciano presenta á su hijo la corona y el cetro. Boabdil lleno de temor , queda inmóvil , sin atreverse á levantar los ojos á mirar á su padre , ni poder dar un paso hácia él. Muley le previene , se adelanta , ciñe su frente , llena de rubor , con aquella diadema objeto infeliz de sus deseos , y vuelto des-

pues hácia los dos partidos , que miraban atónitos , les dice : Abencerrages , haced salva al rey de Granada ; y vosotros Zegries , jurad la paz á vuestros generosos enemigos.

Entónces el pueblo lleno de gozo clama , ¡ viva el rey Boabdil , vivan los Abencerrages , los Zegries y Muley-Hassem ! Conducen con pompa á Boabdil al palacio de la Alhambra , miéntras que mi padre , seguido de Almanzor , de Moraima y de mí , se retira al Albayzin , antigua habitacion de los primeros reyes moros.

FIN DEL LIBRO II.º





SUMARIO DEL LIBRO III.º

---

**Z**ULEMA cuenta las mudanzas, hechas en Granada, durante el reynado de Boabdil. Corrupcion de la corte y del rey. Amores de Abenhamet y Zoraida. Cautividad de Ibrahim. Abenhamet le libra. Boabdil, su rival, se opone al himeneo de los dos amantes. Envia á Abenhamet contra los Españoles. Vuelve vencido por Gonzalo. El héroe penetra en Granada. Las leyes condenan á Abenhamet á muerte. Zo-Boabdil. Almanzor conduce á Abenraida, por salvarle, da la mano á hamet léjos de Granada. Abenhamet vuelve. Encuentra á Zoraida en Generalife. Quatro Zegries los descubren miéntras hablan, y dan aviso al rey. Furor de Boabdil. Muerte de Aben-

*hamet. Matanza de los Abencerrages.  
Combate en el palacio. Dexan á Gra-  
nada los Abencerrages.*

---

## LIBRO TERCERO.

---

**E**L mas poderoso y feliz de los reyes, aquel á quien la fortuna y la victoria colman de sus favores, el que mira al rededor de su trono todo el esplendor y los gustos de la gloria, carece de la felicidad mas pura y mas cara á los corazones tiernos, la certidumbre de verse amado. Las ofrendas que le prodigan, las alabanzas con que le fatigan, y aun la fidelidad que le demuestran, esperan siempre la recompensa : el interes no dirige sus votos á su persona, sino á su poder. Esta idea atormenta su espíritu, y una justa desconfianza se mezcla en los sentimientos de su corazon. ¡ Infeliz del que pudiendo pagarlo todo, puede pensar que ninguno le da nada !

Pero Malcy al baxar del trono, vuelto



á la clase de los hombres, adquirió el derecho mas excelente y mas precioso de la humanidad, el de encontrar amigos. Su corte numerosa desapareció ; pero le quedáron los Abencerrages , aquella virtuosa tribu que le miró siempre como á su rey, tributándole mas respeto , quanto menor era su poder. Almaizor, su esposa y yo , rivales en todos los oficios piadosos , que podian consolar su vejez , contentos en consagrar nuestros dias en una ocupacion tan cara á nuestras almas , no osábamos quejarnos de un crimen que nos habia hecho felices , reuniéndonos en el seno del mejor de los padres. Si sentíamos la pérdida de su corona , solo era por su pueblo y por él : si Muley suspiraba por ella , solo era por sus vasallos y por sus hijos.

Entre tanto , el nuevo rey mudaba la haz de Granada. Retiráronse los antiguos visires , reemplazándolos jóvenes inex-

pertos : los generales de los exércitos,  
 encanecidos en los campos de batalla,  
 tuviéron el destierro por paga de sus tra-  
 bajos y de sus heridas : una juventud,  
 conocida solo por sus vicios ó por su fa-  
 vor , vino á mandar los soldados vetera-  
 nos , compañeros antiguos de sus padres :  
 la antigua disciplina , madre del valor , y  
 la victoria , se olvidó en un momento ,  
 y el exército se transformó en un tropel  
 de mercenarios desenfrenados : osados  
 contra sus capitanes , cobardes contra el  
 enemigo : las fronteras , cometidas á unos  
 gobernadores que vivian en la corte , sin  
 conocerlas , las sorprendiéron é inva-  
 diéron los vigilantes Españoles ; y para  
 colmo de nuestra calamidad , en esta épo-  
 ca fatal , suscitó el cielo contra nosotros,  
 ese terrible enemigo de los Moros , ese  
 invencible castellano , cuyo nombre sin  
 duda habrá llegado á vuestros climas le-  
 janos , el valeroso Gonzalo de Córdoba.

Ni sus hazañas, ni sus rápidas conqui-

tas pudieron despertar á Boabdil de su vergonzoso letargo. Los criminales Zegries eran sus consejeros , y el monarca solo pensaba en aquellos placeres tumultuosos , de que los aduladores cercan á su señor , temerosos de que oyga los clamores del pueblo. Los magníficos juegos y las fiestas públicas , que estableció Muley , habian cedido el lugar á las asambleas misteriosas , á las danzas afeminadas , á los festines de donde estaban desterrados el pudor y la templanza : el amor tierno y respetuoso era objeto de la insolente mofa , y en lugar de los afectos , que hicieron célebre á Granada entre todas las naciones, solo se encontraba la disolucion y la licencia.

En medio de tantos vicios , présagos de nuestras desdichas , se encendió de nuevo en el alma de Boabdil , una pasion , que de mucho tiempo parecia haberla apagado la resistencia. La hermosa Zoraida,

hija del anciano Ibrahim , era el objeto de tan funesto amor.

Zoraida era africana. Desde los primeros dias de su vida , habia conocido las desgracias , perdiendo á su madre aun en la cuna ; y su padre primer visir del monarca de Tremezen , despues de haber visto destronar á su infeliz soberano , desterrado y despojado de sus bienes , vino con su hija á Granada , á implorar la piedad de Muley-Hassem. Mi padre le recibió en la corte , le dió el gobierno de la ciudad de Jaen , y mandó que Zoraida se criase en su palacio.

Apénas salia de la infancia , quando ya su atractivo y sus gracias inflamaban nuestra guerrera juventud. Abenhamet , el gallardo capitan de los Abencerrages , que ganó el premio el dia del crimen de los Zegries , niño aun como Zoraida , apénas la conoció , la eligió y adoptó por

su hermana. Su felicidad era estar cerca de ella, y repetirle mil veces el juramento de amarla toda su vida. La jóven y sincera Africana se lo prometia igualmente, y le declaraba que á él solo deseaba amar. ¡ Dulce privilegio de aquella edad dichosa, en la que todavía perdonan los hombres la sencillez y el candor!

Así que Zoraida se acercaba á los tres lustros, aprendió á ser mas cauta, y Abenhamet mas tímido. Ya no se atrevia como en otro tiempo, á venir á su aposento á qualquier hora, ni osaba hablarle ni aun de amistad; pero mas amoroso que nunca, sentia la fuerza de aquel primer amor, tan vivo y tan puro en los corazones tiernos, ocupándose continuamente en seguirla, en esperarla, en buscarla. En palacio, en la mezquita, en el jardin de Generalife, siempre seguia sus pasos, sin poder vivir sin su vista; pero al verse juntos, sus ojos miraban

la tierra, el rubor cubria sus mexillas, las palabras eran trémulas y sin órden, quedando fuera de sí, sin aliento y sin voz.

Por este tiempo fué quando Gonzalo entró con su exército en nuestro territorio, presentándose delante de Jaen, en donde gobernaba el anciano Ibrahim. Gonzalo toma por asalto la ciudad, despues de una larga resistencia, y el padre de Zoraida queda prisionero. Su hija, bañada en llanto, va á echarse á los pies del rey : volvedme mi padre, le dice, y tomad todos los beneficios de que me colmais : á mí me basta una choza con el autor de mi vida ; ó si Gonzalo es inflexible, alcanzad á lo ménos que yo vaya á acompañarle en sus cadenas, y consagrar en su servicio la vida que le debo.

Muley, movido de sus lágrimas, le pró-

mete escribir á Gonzalo , y que el primer artículo de la paz será la libertad de Ibrahim , halagándola y añadiendo nuevas caricias para consolar su desgraciada suerte. Pero Abenhamet , que miraba sus lágrimas , y las sentia caer en su corazon , resolvia en su interior enxugarlas. Temiendo que si no se verificaba la paz , se mantuviese Ibrahim cautivo por largo tiempo ; no siendo todavía dueño de los muchos bienes , que con el tiempo habia de poseer , sale á buscar á Gonzalo , y llegando á él con la confianza que inspira la juventud y el amor : magnánimo guerrero , le dice , yo soy el capitán de los Abencerrages. Mi edad no me ha dexado todavía medir mis armas con las tuyas ; pero espero que este feliz tiempo llegará. Bien conoces la nobleza de mi familia , y que te prodigarán el oro por mi rescate. El valeroso Ibrahim no tiene bienes : trueca ese anciano por mí ; entrega ese desgraciado padre á una hija ,

que solo puede ofrecerte sus lágrimas ,  
y recibe en su lugar al mas rico de Gra-  
nada.

Calló, y Gonzalo sintiéndose enterne-  
cido , le dice : Abencerrage , tú no debes  
ser cautivo mio : tu estimacion , no tus  
riquezas es lo que quiero : vuelve á Gra-  
nada con Ibrahim : solo á tu pecho vir-  
toso lo concedo ; y si este corto benefi-  
cio merece tu reconocimiento , procura  
no encontrarme en las batallas.

¿ Quien podrá explicar la alegría de  
Zoraida quando Abenhamet le presenta  
su padre adorado ? Dudando aun de su  
felicidad , se arroja al cuello del anciano ,  
y le abraza , despidiendo continuos sus-  
piros. Ibrahim le refiere al punto lo que  
debe al Abencerrage , y juntando las ma-  
nos de los dos amantes , les promete en  
nombre de Allah , que se verán unidos  
dentro de pocos dias.

La accion de Abenhamet llenó de admiracion á Granada : todos alabáron su valor , y deseáron el colmo de sus amores , admirando todos la magnanimidad de Gonzalo ; y no puedo negar , que aunque ese soberbio Español sea acérrimo perseguidor de mi patria , aunque la sangre de mis hermanos ha manchado repetidas veces su brazo invicto , su noble proceder en la guerra , su dulce clemencia despues de la batalla , le han grangeado el respeto de nuestra nacion. El guerrero conoce su valor , el cautivo su humanidad. Los Abencerrages , queriendo tributar holocausto á sus virtudes , pusieron en libertad doce cautivos christianos , escogieron doce caballos de Africa , y los enviáron al héroe Castellano , como una leve señal de su reconocimiento.

Muley-Hassem habia aprobado el himenco de Abenhamet y Zoraida , viniendo

viniedo en que se verificase despues del de Almanzor; pero el fogoso Boabdil, enamorado de Zoraida, creyendo deslumbrarla con su nacimiento, se atrevió á pretender su mano. La hija de Ibrahim, sin faltar al respeto debido al heredero del trono, no admitió sus deseos. Zoraida se creia ya olvidada de un corazon que sabia tan poco amar, al tiempo que mi padre perdió la corona, pero lo primero en que empleó Boabdil su poder usurpado, fué en prohibir á Ibrahim el tomar á Abenhamet por yerno.

Ibrahim lleno de amargura, conservaba la esperanza de mover el ánimo del monarca. Seguido del enamorado Abenhamet, se echa á sus pies, pidiéndole por único premio de su lealtad y de sus largos servicios, que le permita el ser reconocido, no obligándole á la edad de ochenta años, á faltar al honor por la primera vez. Boabdil no quiere oírle, y

Abenhamet que callaba , esperando la sentencia de su muerte , levanta á Ibrahim lleno de furor , y poniendo en el rey los ojos airados le dice : Zoraida es mia : la voluntad de su padre , la suya , todos los derechos del amor y de la amistad , esos son mis títulos. ¿ Quales son los motivos que tú tienes para quitarme el bien que he merecido ? Yo no doy cuenta de mis designios , responde el monarca enfurecido , ni mis vasallos merecen mas de lo que mi bondad les quiere dar. Boabdil , le dice Abenhamet , tus vasallos han aprendido de los Zegries á destronar un monarca justo ; teme que aprendan de los Abencerrages á castigar los tiranos.

El rey pone mano á su alfange : Ibrahim se echa á sus pies : yo , Señor , yo solo debo ser castigado , pues yo soy quien le dió mi hija. Miétras yo respire , Zoraida es de mi libertador : arrán-

came la vida , Boabdil, para librarme de mi promesa.

Al decir esto , el anciano descubre el pecho lleno de cicatrices , y le ofrece á la cólera del monarca, excitando la compasion aun de los mismos Zegries. Abenhamet, la mano en el puñal, está dispuesto para defender á su padre : y el rey confuso , puestos los ojos en el suelo , medita lo que ha de resolver. Receloso de los Abencerrages , teme que un acto de crueldad derribe un trono mal asegurado ; pero instruido de largo tiempo en la perfidia , dilata su crimen para asegurarle mejor. Compone en fin su semblante , y fingiendo domar su justa cólera : Ibrahim , le dice , tus virtudes han despertado mi clemencia : por ellas perdono al imprudente Abenhamet ; pero tu hija es de tal precio , que una sola accion de valor es poco para merecerla. Yo mismo daré á su amante la ocasion de

hacerse digno de ella. Jaen , que Gonzalo ha conquistado , era la llave de mis estados : si Abenhamet la recobra , Zoraida será la recompensa.

El Abencerrage , sin poder contener su alegría , se echa á los pies de Boabdil : tú me haces invencible , rey de Granada : toda mi sangre , derramada por tí , no podrá expiar las palabras , que profirió mi juventud. El monarca le levanta con falso agrado , proclama á Abenhamet su general , y ordena que , dentro de tres dias , parta el ejército contra Jaen.

En estos tres siglos de espera , el valeroso y tierno Abenhamet prepara sus caballos y armas. Ibrahim quiere seguirle , honrándose de servir á las órdenes de su amigo : mi hermano debe tambien acompañarle : los Abencerrages se disponen , y el enamorado jóven transportado de

alegría , corre á abrazar las rodillas de Zoraida , pidiéndola que adorne su lanza con un lazo ó un velo que haya traído sobre ella. Zoraida procura encubrir la profunda tristeza que la devora , y le da una faja blanca , en la qual habia bordado sus nombres entrelazados , leyéndose debaxo de las cifras unidas, la palabra tierna de *siempre*. Zoraida se la ciñe llorosa , y sin atreverse á pedirle que no exponga su vida , ruega á su amante que cuide de su padre , y pide en secreto á este el moderar el valor de su amante.

La hora de partir llegada , el ejército se forma en batalla en la plaza : los Abencerrages forman el ala derecha , cerrando los Zegries la izquierda : Abenhamet aparece armado , baxo una túnica azul , de una coraza forjada en Fez , ceñido de la faja de Zoraida , llevando la garzota de su familia en el turbante forrado de

acero : á su izquierda pende un sable guarnecido de diamantes , y con la mano derecha empuña una lanza mora , armada de hierros agudos por ambos extremos. Venia montado sobre un caballo blanco , cuyas largas crines besaban la tierra : contempla el ejército , llenos sus ojos de ánimo y de amor , confía la derecha al valeroso Almanzor , la izquierda al prudente Ibrahim , y va á dar la última señal , quando el rey entra en la plaza con el estendarte del Imperio. Esta insignia tan respetada , en la qual habia una granada de rubies en campo de oro , no salia de la mezquita , sino en los lances mas arduos. Boabdil la pone entre las manos de Abenhamet diciéndole : Abencerage , hazte digno de mi confianza , y piensa en las obligaciones que te impone la presencia de esta insignia sagrada.

Abenhamet lleno de ardor , toma con mano codiciosa el estendarte , y jura al

monarca morir ántes de abandonarle. Llama al intrépido Octair, el mas valiente de sus compañeros, y se le entrega. Octair, gozoso con tal honor, se pone al lado del general, de quien no debe apartarse un momento, y las trompetas tocan á marchar. ¡ Ó ciego Abenhamet! ¡ como corres al precipicio, sin saberlo! Los Zegries lo habian preparado con el perverso rey, asegurando sus intentos el estandarte de Granada. Nuestras leyes condenan á muerte al general que vuelve sin esta insignia de nuestra gloria, y con esta cruel esperanza la habia confiado Boabdil á su rival.

Abenhamet entre tanto solo piensa en obtener á Zoraida: marcha con ayre triunfante al frente de sus guerreros, sin poder contener su regocijo, y siguiendo el uso de nuestra nacion quando camina á pelear, cantan al son de los címbalos y añafles, estas palabras guerreras.

La guerra tronó : los ecos  
A su voz , Abenhamet ,  
Mil veces claman : y léjos ;  
¡ Ay , ay ! responde Jaen ,  
Mis fuertes torres  
Van á caer.

El clarin sonó : guerreros ,  
Marchad , blandiendo las lanzas  
Sobre el relinchante bruto  
Que el freno espumando tasca.  
Allí donde fiero Marte  
Acerada muerte os guarda ,  
Allí con sangre regado  
Nace el laurel de la fama.

La guerra tronó ; los ecos , etc.

¿ Que vale que cien provincias  
Mueva contra vos España ,  
Si ocho siglos de heroismos  
Se encierran solo en Granada ?  
Dó , quier os cercan gloriosos  
Las paternales hazañas :  
Cien triunfos moriscos yacen  
Dó quier posaréis la planta.

La guerra tronó : los ecos , etc.

¡Ay, que las tumbas se abren!  
¿Ois que de ellas os claman,  
*Vencer ó morir?* ¡perezca  
Quien viva para la infamia!  
Jurado está: el que á la muerte  
Vuelva cobarde la espalda,  
Amor será su enemigo,  
Y su verdugo la Patria.

La guerra tronó: los ecos, etc.

Si os desalientan los rayos  
De las diestras Castellanas,  
Volved un punto la vista  
A la torres de Granada.  
Allí del Xenil las Bellas  
Os miran, y enamoradas,  
Seguras de la victoria  
Os texen ya las guirnaldas.

La guerra tronó: los ecos, etc.

¿Será que, en baldon vencidos,  
Dexeis marchitar las palmas  
Que en loor de vuestra gloria  
Su amor ardiente prepara?  
Léjos el temor. Doncellas  
Texed sin cesar guirnaldas,  
Que Abenhamet es caudillo,

Y ordena triunfar Zoraida.

La guerra tronó, los ecos, etc.

Los Zegries habian avisado secretamente á Gonzalo, que estaba en Jaen con Lara su fiel amigo, Lara el mas famoso de los Castellanos despues de Gonzalo, y casi tan fatal á mi patria como ese invencible guerrero.

No obstante que su ejército era poco numeroso, los dos Españoles no quieren esperar á los Moros, y vienen á encontrarlos, maniobrando con tal arte, que atacan de improviso á nuestras tropas ántes de entrar en su territorio. Los soldados sorprendidos se llenan de terror, sin que todos los esfuerzos de Abenhamet sean bastantes á animarlos. Corre por todas partes, busca, llama á Gonzalo, le encuentra, le detiene pocos instantes, le hiere; pero Gonzalo con brazo mas firme, le dexa tendido en tierra. De allí va á acometer á Octair, y de un revés hace

saltar la mano, que empuña el estendarte : Octair le vuelve á coger con la otra : Gonzalo se la divide. Entónces el leal Octair abraza con los trozos de sus brazos la insignia sagrada, apretándola contra su pecho, y de esta manera recibe la muerte, y el terrible Castellano se hace dueño del estendarte.

Almanzor corre á recobrarle al frente de los Abencerrages; pero Lara vencedor entónces de los Zegries, viene á cercarlos. El combate no es ya sino una horrible carnicería. Ibrahim bañado en sangre, espira llamando á Zoraida : Almanzor apénas puede sostenerse : los Abencerrages engañados, abandonados de todo el ejército, caen, espiran al golpe de las espadas, sin que ninguno quiera rendirse, ni quiera ninguno alejarse un paso del cuerpo de Abenhamet, que yacia moribundo por tierra.

Gonzalo los admira, y suspende el pri-

mero su terrible brazo , mandando á sus Españoles que abran paso á unos enemigos que estima , á quienes quiere vencer , y no asesinar. Almanzor levanta á Abenhamet sangriento , le lleva en medio de sus hermanos , y se retira sin huir , sin desórden ni temor , volviendo hácia el vencedor la frente , que tantas veces habia salido triunfante.

Los Zegries habian llegado á Granada , y esparcido la nueva de la derrota. Las madres , las esposas , esperaban temblando , en las puertas de la ciudad , la vuelta de los Abencerrages. Zoraida afligida pedía su padre y su amante á todos los que volvian del combate. Al fin descubre la valiente raza , reducida á un corto esquadron , teñida en sangre , cubierta de heridas , trayendo al moribundo Abenhamet. A la vista de este espectáculo , lanza un horrible grito , vuela , se arroja sobre Almanzor : ¡ mi padre , mi padre !  
dice :

dice : ¿ Lo perdí todo en este afrentoso dia ? Las lágrimas fuéron la respuesta de Almanzor. Zoraida fuera de sí , busca á Ibrahim , fixa los ojos desencajados en el pálido rostro de su amante , mira á Almanzor enmudecido , entiende su silencio , y cae sin sentido entre los pies de los caballos.

Todos acuden á socorrerla y la llevan al palacio. Almanzor camina hácia el Alhambra para dar aviso al fementido rey , del peligro que amenaza á Granada , miéntras los Abencerrages lastimados llevan á depositar en su casa al desgraciado Abenhamet. Sus heridas eran muchas y peligrosas , pero sin embargo daban esperanzas de salvar su vida. Detienen la poca sangre que le queda en sus venas , y le curan con el precioso bálsamo , que nos suministra la Arabia. Abenhamet vuelve en sí , pero apenas se reconoce , que apartando á los que le

rodean clama : ¡ soy vencido ! ¡ soy vencido ! ¡ Yo la perdí !..... La perdí para siempre !..... Diciendo esto , rompe las vendas que cubren sus heridas , corre de nuevo la sangre , volviendo al miserable estado primero.

Zoraida , en el palacio , nos tenia en igual inquietud. Un dolor profundo la abate , quitándole la facultad de llorar , y contemplándonos con ojos feroces , pronuncia sin cesar los nombres de Ibrahim y Abenhamet , los fixa en tierra , repitiendo estos nombres tan caros á su corazon , y de improviso esta tranquilidad aparente se convierte en gritos horribles y convulsiones espantosas. La fiebre ardiente se apodera de ella , y un delirio cruel la transporta en medio del campo de batalla : allí venga la muerte de su padre : allí defiende á su esposo. Todos los remedios son inútiles , sin que haya esperanza de sacarla de los brazos de la muerte.

Miéntras que cada familia estaba sumergida en el dolor, Gonzalo victorioso se presenta delante de los muros de Granada. Mi hermano lo habia previsto : mi hermano nuestra única esperanza, grita al arma á nuestros guerreros. Boabdil sale en persona con los Zegries á pelear contra los Españoles : Almanzor seguido de los Abencerrages rechaza á Lara léjos de nuestras murallas ; pero el rey acometido de Gonzalo se pone en fuga y entra con precipitacion en la ciudad. El intrépido Castellano viene en su alcance dentro de nuestros muros, y abandonado de los suyos penetra hasta el Alhambra. Yo le ví : yo misma le ví , y su imágen , que aun creo estar mirando, me hace estremecer. ¡ Ah ! oxalá que , sin ofender vuestro valor , no llegueis nunca á las manos con ese héroe ! Solo, enmedio de nuestra capital , despreciando todo un pueblo enemigo , destruyendo quanto se le oponia , llegó no léjos de

mí. Allí, sin duda, advirtiendo que no le acompañaba ninguno de los suyos, se detiene, queda inmóvil, vuelve á tomar lentamente el camino que habia dexado sembrado de víctimas, y sin pensar en defenderse contra la multitud que le acometia, vuelve el rostro para exâminar los sitios que ha de conquistar.

Pasados estos momentos de susto, volvimos á cuidar de los dos desgraciados amantes. Abenhamet y Zoraida desean en vano la muerte, que el vigor y la juventud rechazan. La esperanza de volverse á ver, el consuelo de llorar juntos, los retiene en la vida, animándolos á resistir á su deplorable estado.

Boabdil esperaba este momento, y va solo á ver á la triste Zoraida, que ignorando su delito, le recibió sin horror. El pérfido rey honró la memoria de Ibrahim con sus lágrimas, prodigando

los elogios á su valor, pero luego que pasáron algunos dias, fingiendo tomar parte en el dolor de su hija, manifestó sus deseos de honrar las cenizas del desgraciado anciano, dándole un público testimonio de estimacion y reconocimiento, ofreciéndole un augusto himeneo, como el único medio de pagar lo mucho que debia á Ibrahim.

Señor, respondió Zoraida, mis grandes desdichas no me dexarán disimular, que mi corazon está muy léjos de merecer ese himeneo. Este corazon no amaré mas de una vez, y Abenhamet es el objeto de su amor. Si los servicios de mi padre, si la sangre que ha derramado por vos, tiene algun precio ante vuestros ojos, si quereis dar algun consuelo á su sombra, cumplid sus últimos deseos, uniendo su hija á aquel que Ibrahim habia escogido para yerno. Ibrahim lo verá desde el alto cielo donde habita, y

se recocijará de haber dado su vida por un rey, que se digna de reemplazarle.

Al oír este discurso, Boabdil sin poder reprimir la cólera, Zoraida ! dice con tono impetuoso, tú abusas de mi funesto amor : Abenhamet no puede ya esperar tu mano, pues las leyes le condenan á muerte. Solo yo puedo hacer gracia, y esta depende de tí.

Boabdil sale inquieto y airado, y sabedor de que el Abencerrage empezaba á recobrar sus fuerzas, manda que le pongan guardias, y nombra los ancianos que le han de juzgar.

La ley pronunciaba su muerte. Abenhamet habia perdido el estandarte sagrado del imperio, y debia morir. Los jueces firman la sentencia con sus lágrimas, y el rey la lleva á Zoraida. Escoge, le dice, poniéndosela en las manos;

escoge al punto; este solo instante se te concede; Abenhamet ha de morir, ó tú has de subir al trono; el altar y el cadalso están preparados.

Atónita al oír estas palabras, Zoraida quedó sin saber que resolver. Su primer movimiento fué arrebatarle el puñal, y librarse por sí misma de la horrible elección que le proponia; pero la detiene el considerar que la muerte de Abenhamet ha de seguir á la suya. Sin esperanza de mover el ánimo del déspota feroz, está vacilante y trémula. Boabdil la insta, y descontento de su silencio, manda que vayan á buscar la cabeza de su rival. Deteneos, exclama Zoraida, deteneos, víctima suya soy : aquí está mi mano; caminemos al templo.

Calló, y el inflexible rey la conduce á la mezquita, en donde todo estaba ya preparado para el triste himenco. Zoraida

pálida y moribunda se presenta en medio de un pueblo insensato, que aplaude su nueva reyna, y le desea por largo tiempo la felicidad de que cree va á gozar. Pronuncia en fin con débil voz el juramento de ser infeliz, mil aclamaciones le responden, mil alegres voces mezcladas con el son de los sistros, ahogan sus tristes gemidos, y las fiestas mas pomposas celebran aquel dia de dolor.

El rey, fiel á su palabra, declara al dia siguiente al himeneo, que la juventud de Abenhamet, su valor, el de su familia, le impelian á suavizar la severidad de los jueces, pero queriendo acordar el inviolable respeto, que tenia á las leyes con la distincion debida á los Abencerrages, convertia en destierro la pena señalada á su xefe. Quando el monarca parece clemente ninguno se atreve á murmurar. Los aduladores viles ensalzaron su pérfida bondad.

Almanzor con ojos penetrantes comprendia el horrible misterio, y queriendo evitar los primeros efectos de la desesperacion de Abenhamet, se va al lugar donde está preso, y apretándole entre sus brazos: amigo, le dice, en fin vivirás: el rey te destierra solamente de Granada; pero Zoraida.... ¿Zoraida espiró? exclamó Abenhamet. Ménos desdichada seria; escucha la verdad horrible, llama todo tu valor para soportarla, y piensa sobre todo, amigo, que si cedes al dolor, darás la muerte á Zoraida, á Zoraida... á la esposa de Boabdil.

Al decir estas palabras, vuelve á estrecharle contra su corazon para impedirle atentar á su vida; pero Abenhamet queda sin sentido entre sus brazos. Mi hermano, aprovechándose de este accidente, le hace llevar á una de sus casas de campo poco distantes de Granada.

El generoso Almanzor, clavados los

ojos en su amigo, procura descubrir en los suyos los movimientos de su alma. No busca medio ninguno de consolarle, sino calla, le sigue, le exâmina, le guarda como á un insensato. Abenhamet conserva un profundo silencio : los ojos enxutos, la cabeza doblada sobre el pecho, el ceño espantoso, los dientes rechinan con violencia, dando miradas siniestras á Almanzor, cuya presencia le causa, y se opone á sus intentos.

Tres dias pasaron de este modo, sin que mi hermano le abandonase un instante, ni se atravesase á hablarle de una amistad insuficiente para tan crueles desdichas. En fin Abenhamet rompe el silencio, y le dice reposado : no temas, Almanzor, mi dolor : conozco el alma de.... de aquella en quien puse tanto amor : la conozco, y solo por salvar mi vida, pudo resolverse la desdichada..... Párase, levanta los ojos al cielo, hace nuevos es-

fuerzos, y continúa con amarga risa: mucho se ha engañado... no importa, yo la perdono. Tomé mi resolución irrevocablemente; yo pondré entre los dos una barrera inmensa; yo iré á buscar otros climas, en donde el nombre funesto de Granada, ni del exécrable Boabdil puedan llegar á mis oídos. Mañana partiré para el Africa; en sus desiertos encontraré la soledad que necesita un infeliz; en sus leones hallaré mas piedad que en nuestros tiranos. Tú me conducirás hasta al puerto de Almería; este es el último favor que te pido, y espero de tu amistad. No me atrevo á hablarte de mi reconocimiento : tú no lo dudas, ni piensas en ello.

Mi hermano engañado con estas palabras, creyó el valor de Abenhamet superior á sus desdichas. Aprobóle el intento, y aquel mismo dia tomaron ámbos el camino de Almería, en donde va-

rias embarcaciones destinadas para Tunez, solo esperaban un viento favorable. Abenhamet se mostraba tranquilo, y el nombre de Zoraida no se le oia salir de su boca. Siempre pensativo, pero al mismo tiempo afable, encomendaba á Almanzor su voluntad, le prescribia la reparticion que habia de hacer de sus bienes, y las recompensas de sus esclavos. En la tierra que voy á habitar, añadia, no es menester ser rico; lo que yo llevo me bastará, y mis parientes y servidores pensarán mas en mí, gozando de la felicidad que les he proporcionado : el valiente Almanzor no me olvidará tampoco, y los beneficios que me ha hecho no me dexan duda de ello; pero siento que por mi causa se detenga aquí, léjos de su familia y de su esposa : Muley-Hassem y Zulema te esperan : Moraima suspira por tí; vuélvete, dulce amigo, vuelve á gozar de la felicidad tan rara de ser esposo del objeto amado; quiza ha me-

nester

nesser que la cuides, sin duda necesita de tu presencia; tal vez el viento tardará algunos dias; dilatar nuestra despedida, solo servirá para aumentar nuestro dolor y en fin fuerza es que me acostumbre á vivir sin nada de lo que amo.

Almanzor le escucha lloroso, miéntras que Abenhamet con ojos enxutos le insta de nuevo á partir. Mi hermano deseoso de volver á ver á Moraima, cede á sus vivas instancias, le abraza, promete executar su voluntad, y lleno el corazon de amargura, pero sin inquietud por la vida del desgraciado Abencerrage, toma la vuelta de Granada.

Abenhamet vió cumplidos los deseos, que por largo tiempo le poseian. Apénas se ve libre, se prepara para el designio terrible que tenia meditado: vístese de esclavo, un turbante asiático muda su rostro ya desfigurado por el dolor, se

arma de un puñal, sale de Almería, y vuélvese á Granada.

Llega y sube á la Alhambra, y vagando por los espaciosos patios de este inmenso edificio, se introduce en Generalife, caminando con paso temerario hácia el aposento de la reyna.

La noche empezaba á cubrir de luto la tierra, quando Zoraida sola en el jardin, lloraba por Abenhamet baxo un rosal. Desde el dia del fatal himeneo, Zoraida no habia sabido nada de su suerte, ni habia pronunciado su nombre; pero todas las noches venia á gemir, al pie de aquel mismo rosal en donde, en tiempo mas feliz, se habia sentado tantas veces al lado de Abenhamet. Allí sola con sus memorias pasadas, con su amargo dolor y con su amor, creia ver á cada instante el objeto que tenia en su corazon. Quanto Abenhamet habia hecho por ella, las pa-

labras que habia dicho, la mas leve risa, la mas ligera circunstancia que las habia acompañado, se pintaban en su imaginacion. Su infortunio era ménos doloroso, en estos instantes de ilusion, pero vuelta á su infelicidad, un llanto amargo salia de sus cansados ojos.

La reyna ve acercarse á ella un esclavo : mírale, conócele, va á despedir un grito ; pero el peligro de Abenhamet, el suyo propio, la triste memoria de lo que fué y de lo que es, la detienen : Abenhamet ! dice con voz baxa, Abenhamet... ! Eres tú ?

Sí, responde el Abencerrage, yo soy quien te ha perdido : yo soy quien no puede vivir sin tí : yo soy aquel cuyos tristes dias compraste con el mas funesto sacrificio ; quien viene ahora á devolverte el horrible presente que me hizo tu piedad.

Al decir esto , saca el puñal y levanta el brazo para herirse : Zoraida se arroja , y se le arrebatada , ¡ ingrato ! le dice , ¡ ingrato ! ¡ crees que no soy ya bastante desdichada ! ¿ No he hecho todavía bastante en condenarme por tí al suplicio mas cruel ? El cuchillo del verdugo amenazaba tu cabeza , una mano infame iba á cortar tu vida , si Zoraida.....

¡ Oxalá ! exclama Abenhamet fuera de sí , ¡ oxalá que todos los tormentos que puede inventar Boabdil , hubiesen sacado gota á gota esta sangre que hierve en mis venas ! Yo hubiera bendecido mis dolores : mis martirios me hubieran sido deliciosos , pensando que tú eras fiel , diciéndome á cada tormento que llevaba al sepulcro tu amor. ¿ Y que esperabas tú de tu debilidad ? ¿ Pensabas que yo soportaria los dias horribles , que no puedo vivir para tí ? ¿ Que la alegría de librarme de la muerte , ahogaria esta pasion

violenta que desde los primeros dias de mi vida llena y penetra mi corazon? ¿este amor eterno que me ha dado existencia y me hizo virtuoso? No, Zoraida, te engañaste; tú no hiciste mas que dilatar mi muerte, haciéndola mas amarga. Yo he querido que seas testigo de ella, para expiar el crimen, que cometiste contra el amor: para perdonártele en mis postreros suspiros: para decirte, para jurarte por fin, que así que perdí el derecho de amarte no tuve fuerza para vivir.

Escucha, replicó Zoraida: yo no temo la muerte: si yo hubiera podido verte, hablarte un solo instante..... yo misma te hubiera llevado este puñal, y te hubiera dicho: muramos juntos, abre primero este corazon en donde estan grabados nuestros eternos juramentos, y líbrate despues con él de la infamia que te preparan. ¡ Pero delante de Boabdil! ¡ en-

tre el tirano y tu cadalso !..... El bárbaro habia ya pronunciado la órden de ir á buscar tu cabeza : el esclavo estaba ya en camino..... ; Oh ! Abenhamet , lo que yo hice , tú lo hubieras hecho en mi lugar. Solo una palabra me queda que decirte. El honor me prohíbe verte : el honor solo es lo que me queda , y no debo faltar á él. El honor me manda no amarte : Dios me niega la fuerza de hacerlo ; pero si tú renuncias á la vida , si te atreves á atentar á unos dias que me cuestan tan caros , juro por tí , por mi padre , que esta mano que te estaba prometida , castigará mi cobarde corazon por un sacrificio tan doloroso , que tu crueldad quiere inutilizar , y que no es mas que una perfidia , si no sirve para salvar á mi amante.

Zoraida le entrega entónces el puñal ; Abenhamet , sin ánimo para tomarle , la mira , la contempla y arrojándose á

sus pies le dice : ¡ Angel celeste ! ¿ Que poder tienes sobre mí ? una sola palabra de tu boca , una mirada , el sonido de tu voz , destruye todos mis intentos , y me hace mudar en un punto de pensamiento y de existencia. Viviré en fin pues que así lo quieres : te lo prometo : sufriré mis desdichas mientras tu voluntad suprema me ordene el ser infeliz : Abenhamet no volverá á verte : ¡ ah ! te conozco bien , te amo demasiado para esperar ni desear el mirarte ; pero á lo ménos apiádate de mi dolor , por ser la última vez que te implora : dime , dime , Zoraida , dignate de decirme solamente que conservas todavía tu amor á Abenhamet ; que siempre habitará en tu corazón : que ni el tiempo ni la ausencia borrarán nunca aquel primero y dulce sentimiento que llenaba en otro tiempo tu alma. Si quieres que yo lo oyga de tu boca , viviré : sí , te prometo cuidar de mi vida : entónces no la aborreceré ,

no la miraré con horror : la certidumbre de que tú me amas aplacará mi desesperación.

Abenhamet calla , toma con ardor , y suelta al mismo punto la mano de Zoraida. Ella infeliz vuelve el rostro para ocultarle sus lágrimas : vete Abenhamet , le dice , vete de este sitio terrible : no olvides la palabra que me has dado : no pidas que mi corazon descubra inútilmente lo que mi deber me prohíbe : mira , reconoce este rosal.... Aquí llora Zoraida todas las noches.

Al decir estas palabras , cree oír ruido detras de los rosales , levántase pavorosa , y obliga á Abenhamet á alejarse , retirándose ella al mismo tiempo á su aposento , de donde asomada á un balcon descubre el Generalife , y trémula ¡y sin aliento escucha con atencion , y exâmina los jardines , ayudada de la claridad de la luna.

El silencio que reyna en todas partes calma su agitacion y su susto, y fixando los ojos en el rosal amado, que distingue á lo léjos, se entrega á sus pensamientos melancólicos.

Pero el ruido que habia oido, anunciaba en efecto sus desdichas. Miéntas que el imprudente Abencerrage olvidaba, á los pies de Zoraida, el peligro que le rodeaba, quatro Zegries pasaban por detras de los rosales, y reconociendo la voz de Abenhamet, se paran, observan por entre las hojas, y ven el objeto de su odio, aquel que habian concertado perseguir, arrodillado delante de la reyna, delante de la esposa de Boabdil. Sorprehendidos al verle, pero llenos de alegría meditan el mas atroz delito, y arrebatándolos el furor, van y buscan al monarca.

Rey de Granada, le dice Mofarix,

perdona á tus leales vasallos , que vienen á affligir tu corazon , quando de ello depende tu corona , tu vida y tu honor. Los Abencerrages conspiran contra tí: Abenhamet , llamado por ellos , ha hablado ya con sus compañeros : nosotros mismos le hemos visto en este instante , baxo un rosal del Generalife , á los pies de tu criminal esposa , teniendo en sus manos el puñal que ha de abrir el corazon de su rey.

Boabdil queda suspenso y sin aliento ; pero la cólera impetuosa ocupa luego el lugar de la sorpresa : morirán todos , exclama , ninguno quedará de esta infame raza , y mi infiel esposa ha de recibir la muerte sobre sus cadáveres.

Véngate , señor , responde Mofarix ; pero la prudencia debe asegurar la venganza. Si manifiestas tu resentimiento , Granada tomará las armas : los amigos

de los Abencerrages los defenderán. Sigue el consejo que me dicta el zelo : que tus guardias prendan á Abenhamet en el Generalife : entre tanto una órden secreta llamará separadamente á cada uno de los Abencerrages , y á medida que entren en la Alhambra , caygan al suelo sus cabezas.

Boabdil adopta el horrible consejo : las guardias corren á registrar los jardines , y los emisarios del rey van á llevar á los Abencerrages la órden de venir al palacio. Los Zegries vienen armados , los soldados toman todas las salidas del Generalife , y los verdugos , puestos en el patio de los Leones , esperan con la cuchilla en la mano á Abenhamet y sus compañeros.

El desgraciado Abenhamet , pensando mas en Zoraida que en sí propio , huia lloroso por las enramadas sombrías ,

quando los satélites del rey le descubren y le prenden. En vano quiere defenderse, y cargado de cadenas le llevan ante el monarca.

Traidor, le dice Boabdil á quien la cólera apénas dexaba articular las palabras, ahora pagarás tu abominable fingimiento y tus detestables amores. La infame Zoraida te seguirá pronto : pronto se cumplirán vuestros deseos de veros ámbos reunidos, y allá podréis juzgar si sé castigar la perfidia.

Tirano, responde el Abencerrage, la muerte era el único beneficio que deseaba. Ven á beber de mi sangre, y sacia tus feroces ojos en un espectáculo digno de tí. Pero Zoraida está inocente : lo juro delante del cielo, delante de aquel Dios ante quien voy á verme : jamas la casta..... No acabó y su cabeza cae al suelo saltando tres veces sobre el mármol,

mármol , repitiendo confusamente el nombre de Zoraida.

Gonzalo al oirla , lanza un espantoso gemido. Ah ! replicó la Princesa , esta muerte solo fué el preludio de los furros de Boabdil. Apénas habia espirado Abenhamet , quando los Abencerrages llegan sin recelo por diversas partes , é introducidos uno á uno en el fatal patio de los Leones , al momento que se presentan , los asen , los arrastran á la pila de alabastro. Allí sin hablarles del crimen de que les acusan , sin responder á sus preguntas , sin anunciarles la muerte , vuelan sus cabezas , yendo á manchar las aguas de aquella fuente tan célebre por esta horrible alevosía.

Mi lengua no puede acabar esta abominable historia : mis miembros se cubren de horror al acordarme de tantos delitos. ¡ Gran Dios ! ¡ Hasta donde pue-

den precipitar á los reyes la cólera y los funestos consejos ! Boabdil, señor , Boabdil , el hijo de mi virtuoso padre hizo asesinar delante de sus ojos treinta y seis heróycos jóvenes , la esperanza , la defensa de Granada , que venian de derramar su sangre por salvar la capital , sin mas delito que ser compañeros de Abenhamet.

En aquella desastrada noche pereciera toda esta ilustre familia , sin un tierno infante criado por el amor de Yezid , el qual no abandonaba nunca á su señor , y le siguió hasta el palacio. Aprovechándose de la obscuridad y de la turbacion , compañera del delito , entra , y llega con Yezid hasta el patio de los Leones. Apénas habia echado los ojos sobre la sangre de que está inundado , ve dar la muerte á su señor. El terror le sorprehende y reprime sus voces : sale con precipitacion horrorizado , bañado en llanto ,

creyéndose perseguido de la muerte , y corre á refugiarse entre una tropa de Abencerrages , que venian á obedecer las órdenes del rey.

No os acerqueis , les dice , no os acerqueis , compañeros de Yezid. Yezid , mi señor , mi dulce amo , delante de mí le degollaron : esta que veis aquí es su sangre : el rey , los Zegries , los verdugos , os esperan junto á la pila : mas de treinta están tendidos por el suelo : no os acerqueis , Abencerrages , mirad que han matado á mi amo Yezid.

Los Abencerrages se informan de este testigo fiel , y al traves de sus llantos y gemidos descubren la traicion. Al punto salen en busca de sus compañeros , que iban llegando por todos lados , les dan parte del atentado , se juntan , toman las armas , y penetrados de dolor vuelven con ánimo de reducir á cenizas la Alhambra.

Rompen las primeras puertas , y las guardias caen bañadas en su sangre : corren como tigres furiosos , y llegan al patio fatal... ; Que espectáculo ! Treinta y seis de los suyos , tendidos sobre el mármol : el rey y los Zegries en medio de los verdugos , pidiendo todavía mas víctimas ; y las cabezas de sus infelices compañeros , amontonadas en la pila , en donde se agitan y nadan entre las ondas de espuma y de sangre.

El horror dexa inmóviles á los Abencerrages : se miran , y despidiendo gritos horribles , se arrojan sobre Boabdil. Los Zegries , superiores en número , iguales en valor , se ponen delante del monarca. La noticia corre por la ciudad : los Gomeles , amigos de los Zegries , convocan al pueblo en defensa de su rey : treinta mil Moros armados llegan , y viendo á su monarca acometido por la terrible raza , ignorantes de su delito , se ponen en su defensa , reuniéndose á los Zegries.

Los desgraciados Abencerrages no pueden defenderse contra tantos contrarios, y á pesar de sus hazañas y de su valor, despues de un largo combate, se ven precisados á dexar el palacio. Cubiertos de heridas, faltos de sangre, perseguidos por los vencedores, cuyo número se aumenta continuamente, los echan fuera de la ciudad, y detestando la ingrata patria, que así trata á sus defensores, se alejan de ella, y juran no volver á entrar.

De esta manera perdimos aquella tribu valiente, y esta noche desastrada deshonró para siempre á Granada, y quiza preparó su cautividad. Pero el implacable Boabdil solo pensaba en su venganza: su esposa vivia todavía, y habia de experimentar su furor. Las fuerzas me faltan para continuar esta horrible historia: descansad las pocas horas que quedan del dia.

Calló Zulema , y no obstante los ruegos de Gonzalo, dexó para el dia siguiente la historia de las desventuras de la reyna, que empezó de esta manera.

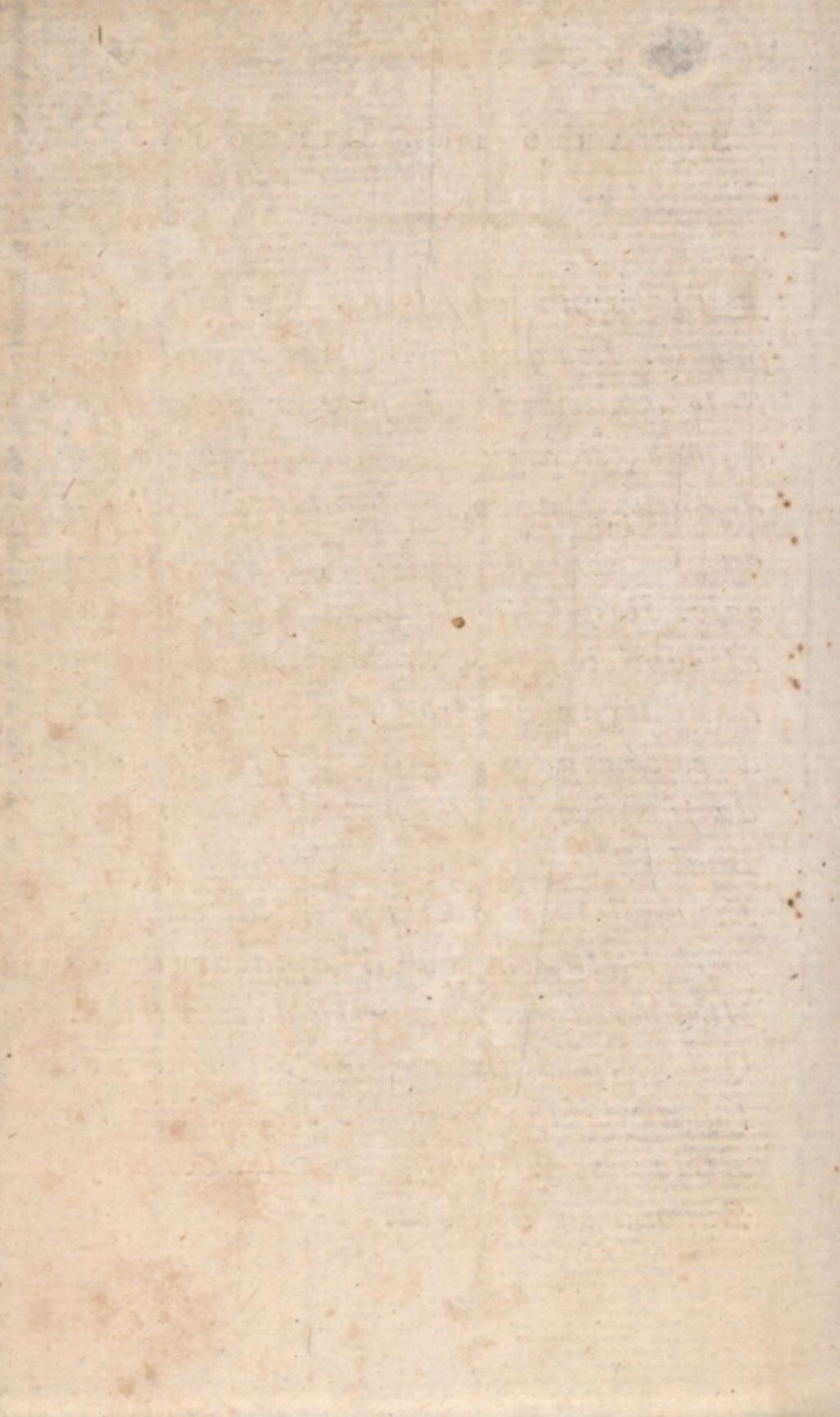
FIN DEL LIBRO III.º



SUMARIO DEL LIBRO IV.º

---

**L**A reyna comparece delante del pueblo. Los quatro Zegries la acusan. Sale condenada á perecer entre las llamas, si algun guerrero no toma su defensa. Estado deplorable de Zoraida. Consejo de Ines. Escribe á Gonzalo. Respuesta de Lara. La reyna va al suplicio, esperando á sus defensores. Llegan quatro Turcos. Combate de estos con los Zegries. La reyna queda justificada. Rehusa el volver con Boabdil, y dexa á Granada. Los Españoles se acercan á la ciudad. Muley-Hassem va á aplacar á los Abencerrages. Respuesta de esta tribu. Quien era Alamar amante de Zulema. Fuga de la princesa. Préndenla los Africanos y librala Gonzalo. Concluye Zulema su historia.



## LIBRO CUARTO.

---

¡**D**ESGRACIADA de aquella que, víctima de un deber cruel, se vió precisada á sacrificar una pasión dulce, la esperanza y apoyo de su vida! Después de un sacrificio tan doloroso, pensó que el tiempo remediaría á su flaqueza y tal vez aliviaria sus males: ¡Vana ilusión! El tiempo se detuvo en la época de su infelicidad. Si quiere con el tumulto del mundo distraerse un instante de su largo padecer, quanto ve le aumenta. Dos esposos felices arrancan sus lágrimas: una madre rodeada de sus hijos oprime su corazón. Si retirada en la soledad hace nuevos esfuerzos par sacar el dardo que la aflige, aumenta inútilmente y ensancha la herida profunda, entregándola totalmente el silencio á sus tristes recuerdos. La virtud sola es su asilo, y ella es

su enemiga : ella la obliga á amar el objeto adorado por quien suspira , y la reprehende por haber faltado á su primer juramento.

Tales eran las tristes reflexiones de Zoraida en el instante en que los Zegries la acusaban á Boabdil. Ignorante de las amargas desdichas que le amenazaban , sola en el balcon de donde se descubria el Generalife , creia que Abenhamet habia tenido tiempo para ponerse en fuga , por lo que daba gracias al cielo ; y sin poder apartar la vista de aquel rosal , testigo fiel de sus conversaciones inocentes , le dirigia estas palabras :

Rosal , Rosal ¿ dó está el tiempo  
Que me oyó tu sombra amiga  
Jurar un amor eterno  
Al que el suyo me ofrecia ?

Quando en tí fixaba  
La risueña vista

¡ Con que amor tus rosas  
Su prision cerrada abrian!

Hora , sin amparo  
¿ Que harán? afligidas  
Del pagizo trono  
Para siempre caen marchitas.

¡ Quantas veces ¡ ay! tu tronco  
Nos vió en amantes caricias  
Darle en cristalinas aguas  
Su frescor y hermosa vida!

Arbol infelice,  
Mi recreo un dia ,  
Ya tu solo riego  
Serán las lágrimas mias.

Muerte son tus galas;  
¡ Pluguiese á mi dicha  
Que , al caer , tus hojas  
Cubriesen mi tumba fria!

Al acabar estas palabras , oye á lo lé-  
jos ruido de gente ; y ve llegar presurosa  
su esclava Ines , jóven cautiva Española,  
que la habia servido por mucho tiempo,

confidente de sus penas , y la mas tierna amiga que tenia en su corte. La sangre corre por la Alhambra , le dice Ines con voz turbada : los Abencerrages acometen y reducen á cenizas el palacio : yo quise llegar al parage en donde se da el combate , pero las guardias cercan vuestro aposento , y nadie puede entrar ni salir. ¿ Que nuevas desdichas nos amenazan ? A lo ménos , perezca yo á vuestro lado.

El ruido crece , óyense las espadas de los guerreros , los gritos de los Abencerrages y las voces de sus enemigos : la reyna pálida y yerta cae en los brazos de Ines , sin habla ni fuerzas , y solo puede llorar y estremecerse. Pasó la noche en este horror , y apenas los rayos del dia habian al parecer vuelto el sosiego , los satélites de Boabdil se presentan á Zoraida , con órden del rey para que se transfiriese al punto ante la asamblea del pueblo.

Turbada

Turbada y llena de espanto , les pregunta la ocasion de aquel mensaje : pero los duros ministros guardan el silencio. La reyna obedece al punto, se apoya sobre su cara Ines, y escoltada por los soldados , marcha con trémulo paso hácia la plaza. Llega , y pasa entre el pueblo , enternecido con su aspecto , busca al rey que al fin descubre entre los Zegries , alza el velo , y con voz tímida pregunta á su bárbaro esposo, qual es su delito.

Sabráslo , responde Boabdil con voz airada , y , volviéndose al pueblo que atento le escucha : Musulmanes , les dice , en esta memorable noche , creisteis librar solo mi vida , quando habeis salvado el estado. Sabed los pérfidos designios de los alevosos Abencerrages , que acabais de echar fuera de vuestros muros. Un vil tratado con los Españoles les habia prometido mi cabeza. Vosotros mismos

los habeis visto atacarme en el seno de mi palacio, y en habiéndome sacado el corazon, Granada debia ser pábulo de las llamas que ardan en sus manos.

La patria os debe su salud : vuestro rey os pide su honor. Abenhamet, el ingrato á quien mi bondad perdonó la vida, era el asesino escogido por sus compañeros. Mi esposa criminal era cómplice, y esta misma noche la encontraron con Abenhamet en el Generalife. El pudor no me dexa decir lo demas. Musulmanes, yo acuso á Zoraida delante de vosotros : vosotros vengaréis el ultrage cometido contra la religion, contra las leyes, contra vuestro monarca.

Zoraida enmudece sorprendida y horrorizada. El confuso mormullo del pueblo indica que no la juzga culpada. Entónces se presentan Mofarix, Alí, Sahal, Moctader, quatro de los mas va-

lientes Zegries , y declaran haber visto á la reyna entre los brazos de Abenhamet , baxo un rosal del Generalife : todos quatro lo juran , y desnudando los alfanges prometen mantenerlo. Zoraida los escucha , fixa en ellos la vista indignada , levanta los ojos al cielo , y cae sin conocimiento.

Llévanla al palacio , en donde su aposento le sirvió de cárcel. Nombráronse al instante diez jueces , y el rey mandó traer ante ellos la cabeza de Abenhamet , el puñal que le encontraron y el vestido de esclavo con que venia disfrazado : funestos indicios , que juntos con el ataque del palacio , la fuga de los Abencerrages , y el testimonio de los temibles Zegries , persuaden ó intimidan. Ninguno se atreve á defender la causa de Zoraida , y la fugitiva piedad del pueblo se desvanece del mismo modo que nació. Las leyes , los testigos , las pruebas del crimen , fuer-

zan en fin á los jueces á pronunciar la horrible sentencia , desterrando para siempre de Granada la tribu de los Abencerrages, y condenando á la reyna á perecer entre las llamas , si dentro de tres dias no encuentra quienes triunfen de sus acusadores.

El palacio del Albayzin, que mi padre habitaba con su familia, está en la cima de una alta colina distante de la Alhambra. Nosotros fuimos los últimos que sufrimos tantas desdichas. Almanzor, acusándose la muerte de Abenhamet, vuela al aposento de la reyna, y pide hablarla. Boabdil no se atrevió á negarlo á Almanzor. Muley-Hassem, Moraima y yo seguíamos á mi hermano, y llegamos al punto en que la desgraciada Zoraida oia la sentencia de los jueces y la muerte de Abenhamet.

No pretendo, señor, pintaros su lasti-

moso estado. Tendida sobre el mármol, los ojos desencaxados, los cabellos dispersos, el rostro desfigurado, lanzaba sordos gemidos, mal articuladas palabras, que nada tenían del humano acento : las manos y pies, todo el cuerpo, le agitaba un horrible temblor. La fiel Ines, anegada en llanto, sentada á su lado, sostenia sobre el seno su cabeza, regándola con sus lágrimas, procurando contener sus manos que las convulsiones le arrancaban continuamente. Corrimos á ella; pero apénas nos reconoce. Sin responder ni defenderse de nuestros halagos, se dexa llevar sobre una alfombra, en donde, cercándola todos, la sosteníamos en nuestros brazos. El venerable Muley pone sobre sus blancas canas el rostro de Zoraida, y Almanzor, juntas las manos, la contempla inmóvil y pensativo.

Pasó el dia sin que pudiese entender nuestras palabras, y su esclava nos pidió

que la dexásemos reposar. Mi hermano , resuelto á cumplir el generoso intento que habia meditado , sale á buscar en el patio fatal de los Leones , los despojos sangrientos de Abenhamet , y en un valle distante de la ciudad les tributa sus últimos deberes , y oculta en un bosque espeso el sepulcro del desgraciado amante.

Miéntras que cumple estos oficios tristes , Muley-Hassem vuelve con Moraima á su palacio , y no obstante las instancias de Ines me quedé á asistir á Zoraida sin desampararla un punto. Ines entónces echándose á mis pies , manifestando en su rostro el regocijo , me dice : vos que tomáis tanto interes en la desgraciada suerte de mi señora , vos que me ayudaríais sin duda , si pudiese salvar su vida , juradme , por todo lo que sea mas caro á vuestro corazon , que no descubriréis el secreto que voy á confiaros.

Levántola y prometo eterno silencio.

Entónces toma mi mano, y juntándola con la de la reyna, las aprieta ámbas contra su corazon y nos dice: oidme, y oxalá aprobeis lo que el cielo me dicta! Dos dias quedan á Zoraida para encontrar quatro guerreros que la defiendan. Sus detestables acusadores, siendo el terror de Granada y los privados del rey, ningun Moro se atreverá á oponérseles: los mas valientes temerán la cólera de Boabdil y el poder de sus adversarios: Zoraida perecerá, si esperamos su defensa de los Granadinos. Yo soy Española y christiana; conozco los caballeros de mi nacion, y sobre todo conozco á Gonzalo, á cuyo nombre tiemblan vuestros exercitos, en quien las virtudes y la humanidad exceden con mucho al valor. La reyna ha de escribir á Gonzalo, tomando al cielo por testigo de la justicia de su causa, y poniéndola entre sus manos. Gonzalo llegará al momento: solo ó acom-

pañado de otros héroes le vereis triunfar, y dar á mi señora la vida y el honor que quieren arrebatarle.

Esto dixo la amable Ines : Zoraida la escucha apénas : Dexadme morir, responde , yo deseo y pido la muerte ; yo soy la causa de la muerte del hombre mas tierno y virtuoso : Abenhamet fenebió por mí ; yo deseo , yo quiero seguirle , yo debo..... Debeis salvar vuestra gloria , responde la jóven cautiva , debeis baxar al sepulcro pura y honrada como habeis vivido. ¿ Quereis que vuestra memoria quede manchada de la sospecha de un delito ? ¿ Quereis que acompañe la ignominia vuestros últimos momentos , y el nombre horrible del adulterio empañe la lápida de vuestro sepulcro ? Hija de Ibrahim , vuestra es la vida ; pero el honor es de Dios , y debeis dar cuenta de él á los hombres. Reconozcan vuestra inocen-

cia, públicamente, respétenla, y luego morid si quereis.

Admirada de estas palabras, pronunciadas con tono fuerte, la reyna abraza á su cautiva, y se entrega á sus consejos. El temor del deshonor le vuelve las fuerzas perdidas. Exâminamos juntas el osado proyecto de Ines, y pesamos sus dificultades. La guerra estaba declarada: Isabel y Fernando se acercaban para sitiarnos: Gonzalo no podia llegar á nuestros muros, sin exponerse á sumo riesgo: su brazo terrible quizá no era suficiente contra quatro esforzados Zegries: el temor de disgustar á sus reyes detendria á los Castellanos, sin poder encontrar otros tres compañeros que necesitaba. A pesar de estas tristes reflexiones y de la poca esperanza del socorro, la reyna aprueba el intento, y aprovechando los instantes preciosos escribe á Gonzalo estas palabras:

« Vos sois enemigo de los Moros : yo  
 » soy su desgraciada reyna , y vengo á  
 » implorar vuestro amparo. Hállome con-  
 » denada á muerte , y pongo por testigo  
 » al Dios que adoro y el que vos ado-  
 » rais , que jamas tuve culpa alguna. Den-  
 » tro de dos dias espiraré entre las lla-  
 » mas. Mi suerte no puede evitarse , sino  
 » venciendo quatro guerreros los mas  
 » valientes de los Zegries. Yo he esco-  
 » gido á Gonzalo por defensor mio. Si  
 » este héroe se niega , por la primera  
 » vez , á socorrer la inocencia , creeré  
 » que el cielo quiere mi muerte , y la  
 » sufriré sin quejarme. = Zoraida , rey-  
 » na de Granada ».

Cerrada la carta , busco un cautivo Español que el oro puso en libertad , pidiéndole solamente , en prueba de su reconocimiento , el entregarla á Gonzalo , aumentando su zelo , confiándole la importancia del mensaje , é instruyéndole

en lo que ha de decir para mover al Castellano. Aquella misma noche le llevé hasta las puertas de la ciudad, en donde ya le esperaba un caballo, sin dexarle hasta haberle visto tomar el camino del campo de los christianos.

Vuelvo entónces mas tranquila, aunque siempre con sobresalto, y doy cuenta á la reyna de lo que habia hecho. Llorosa me abraza, su esclava la consuela, prodigándole tiernas caricias, la anima, exâminando el tiempo que necesita el correo, el que gastará en venir Gonzalo, y segura de que no hay obstáculo que detenga á aquel héroe, nos anuncia, y nos afirma que le veremos en Granada al principio del tercer dia.

El cautivo, fiel á su palabra, llega al campo al despuntar la aurora, y pregunta en alta voz por Gonzalo; pero ¿qual fué su dolor al oír que Gonzalo habia parti-

do de allí? Gonzalo nombrado embaxador de Fez , surcaba los mares de Africa. El Español derrama copioso llanto, quejándose al cielo de su suerte. Un soldado movido de su dolor , le exhorta á ver al compañero del héroe , al valiente y generoso Lara. Al punto corre á su tienda , le habla en secreto , le confia lo que habia de decir á Gonzalo , y le entrega la carta que traia.

Lara la abre y al leerla , su rostro se anima , sus mexillas se encienden , se inflaman sus ojos : Amigo , dice al cautivo , vuelve al instante á la reyna ; dile que Gonzalo está ausente , pero que dexó aquí otro Gonzalo. Mañana me verá Granada con tres de mis compañeros. Gonzalo dexa siempre á mi cargo todo el bien que él no puede hacer , y si su razon conociera la envidia , sola seria quando yo voy en su lugar á defender á los oprimidos.

Al oír esto , Gonzalo conmovido no puede reprimir su admiracion. La amistad recoge las lágrimas que caen de sus mejillas : Gonzalo pide perdon á la princesa , y Zulema perdona fácilmente todo lo que prueba que el héroe es sensible.

El cautivo , prosigue diciendo , vino á traer la respuesta de Lara. Vuestros acusadores están vencidos , exclamó Ines : Lara , igual á Gonzalo , Lara seria su rival en la gloria , si no fuera su mas fino amigo. Mañana , mañana se descubrirá vuestra inocencia , y obtendrá justa venganza lá sangre de los Abencerrages.

La alegría saca de sí á la cautiva : besa las manos de la reyna , nos cuenta todas las hazañas de Lara , y todos los hechos de armas , que ilustraron á los caballeros de su nacion. La esperanza , que arde en su corazon , se comunica á Zoraida : su llanto cesa , y su alma goza

de un instante de reposo , brillando en sus ojos una alegría débil y fugitiva.

La mañana siguiente estaba señalada para el combate. La ciudad entera lloraba á Zoraida ; pero ninguno se atrevia á defenderla. Desde la partida de los Abencerrages , no tenian apoyo los infelices. Almanzor vino ántes de rayar la aurora : reyna de Granada , dice , el dia fatal es llegado. Ni mi diligencia , ni mi zelo , os ha encontrado defensores : me avergüenzo por mi patria ; pero no por eso dexaré de hacer lo que debo. Yo solo pelearé contra los quatro Zegries : yo solo basto para salvaros , si , como mi corazon lo cree , el Dios del cielo protege la inocencia. Venid , reyna , declarad que poneis en mis manos vuestra causa ; y tú , hermana , si yo perezco , á tí te encargo á Moraima y á Muley-Hassem.

Al oir estas palabras , pronunciadas con

el sosiego de un alma grande que cree cumplir un simple deber, Zoraida toma las manos de mi hermano, y con repetidos sollozos le dice : generoso Almanzor, siempre esperé de vos estas nobles demostraciones de heroismo y de bondad; pero seria digna de mi suerte, si por salvar mis tristes dias expusiera los del apoyo de Granada, del hijo único de Muley-Hassem, del tierno esposo de Moraima, del héroe cuyas virtudes desarman al Ser Eterno, pronto á castigar esta iniqua ciudad. No, señor, no, yo debia buscar unos defensores que, despues de la victoria, pudieran despreciar la venganza de Boabdil. Estos los encontré, y pronto llegarán. Solo os pido, os conjuro por la suma sensibilidad, que habeis mostrado en mis males, por aquel amor de la justicia, norma eterna de vuestras acciones, que veleis con vuestros amigos, con los míos, si todavía me queda alguno, en la seguridad de mis defensores; para que no

tengan que temer dolo alguno , y que la lealtad presida el combate. Perdonad , señor , estas sospechas : Zoraida puede justamente recelar de los Zegries.

Almanzor maravillado me mira , y respeta el secreto de la reyna : prométele guardar el palenque y ser él mismo el juez del campo , y va á prepararse al instante.

En tanto Zoraida ve acercarse la hora , se recoge algunos instantes , y puesta de rodillas ante el Ser Eterno , le dirige una fervorosa súplica , le implora en favor de sus defensores , disponiéndose á parecer en su presencia , si así es su voluntad. Levántase con semblante tranquilo , me da gracias por el consuelo que de mí habia recibido , me habla de su reconocimiento , y pide al Todo-poderoso me haga mas feliz que ella ha vivido.

Miéntas yo enxugaba mis lágrimas ,

ella vuelta á su cautiva le presenta un cofrecillo en donde estaban sus joyas : cara mia, le dice , recibe , delante de Zulema , la libertad y estos tristes presentes , vestigios únicos de mi fatal grandeza : acéptalos , fiel Ines , como la última prueba de mi ternura , y el único beneficio que puede hacerte tu reyna. Si el cielo ha resuelto mi muerte , ellos traerán á tu memoria á Zoraida , en tu patria te facilitarán un retiro pacífico , en donde alguna vez pensarás en mí. Sobre todo modera el dolor. El único poder que conservo sobre tí , es para mandarte que vivas ; para perderte que te acuerdes que solo á tu tierno zelo , á tu fina amistad , debí los únicos momentos dulces que pasé.

Al acabar estas palabras la abraza : Ines se echa á sus pies , estrecha sus rodillas , é inunda en llanto á su señora. Yo reprimo mis sollozos y las separo , dando fin á una

escena tan tierna, capaz de agotar las fuerzas que tanto necesitábamos. Zoraida penetra mi pensamiento, le aprueba con sus miradas, dexa los brazos de Ines que la sigue afligida, y entra á ponerse un vestido de luto. Un espeso velo oculta su rostro, y un manto negro la cubre hasta los pies. La cautiva y yo, resueltas á acompañarla, nos ponemos igualmente el lúgubre vestido, y esperamos en silencio que vengan á buscarnos las guardias.

Llegan en fin, precedidas de los jueces. La reyna los recibe con respeto, sin afectar una tranquilidad que podia parecer orgullo, ni mostrar el abatimiento que solo conviene á los delinquentes. Síguelos y sube en el carro; yo me coloco á su lado. Ines se pone á sus pies. Seis caballos, cubiertos de fúnebres velos, nos conducen lentamente á la plaza, llena de un gentío inmenso. En ella estaba preparado un gran palenque circundado

de barrera : cerca estaba el cadalso cubierto de negro : mas allá se veía una hoguera. A su vista, la reyna trémula cayera desfallecida en mis brazos ; pero Ines la sostiene, y recogiendo todas sus fuerzas, llega en fin al cadalso, siéntase sobre los lúgubres asientos que estaban preparados, estrechando mis manos entre las suyas, suplicándome con voz baxa que no la abandonase. Las lágrimas ahogaban mi voz, sin dexarme responderle.

Los jueces leen la sentencia, los gemidos del pueblo se escuchan al oirla, y al son de las trompetas aparecen el terrible Alí, Mofarix, Sahal, Moctader, montados sobre soberbios caballos, vestidos de resplandecientes armas, atravesando la multitud, mirándola con ojos feroces, pero al llegar delante de la reyna, apartan ó baxan la vista. Zoraida los mira y se acerca mas á mí. Los Zegries entran en el palenque, mi her-

mano sale entónces cubierto de una coraza brillante, acompañado de una tropa de Alabeces armados, cierra la barrera, y le proclaman guarda del campo.

Los imanes, el pueblo, los jueces, conservan profundo silencio. Inmóviles todos es sus lugares, puestos los ojos en Zoraida, en los Zegries, en la hoguera, esperan impacientes los defensores de la que excita la compasion universal, y la dexan parecer. La reyna cuenta los instantes, vuelve la vista hácia la puerta de España, y no viendo venir á ninguno, mira á Ines y suspira. Ines pálida, atenta, acongojada, teme ya que algun desgraciado accidente haya detenido al valeroso Lara. El tiempo vuela, el relox suena, y cada vez que se oye, se levantan los jueces, van á los quatro lados de la plaza, preguntando, en voz alta, por los defensores de la reyna, volviendo á sentarse en medio del lúgu-

bre silencio. Cinco veces repitiéron su demanda, y cinco quedó sin respuesta. Almanzor me mira lleno de horror, va, vuelve, marcha, se inquieta, manda traer su caballo, pide su lanza : tres veces va abrirse la barrera á sí propio, tres veces se detiene, escucha, y me muestra con los ojos el sol cercano al horizonte.

Las cinco habian ya dado, quando al extremo de la plaza, opuesto á la puerta de España, se oye ruido de caballos, que excita los clamores del pueblo. Abre el paso la multitud, y entran quatro guerros, puestos á la turca, con vestidos y armas de Asia, montados sobre ligeros caballos. El uno entraba apénas en la adolescencia, los otros dos estaban en la flor de su edad, y el último mostrando en su blanca barba sus largos años, sostenia un fuerte escudo, que manejaba sin pesarle. Páranse delante de Zoraida, salúdanla respetuosamente, y aquel que

parecia el xefe se echa con ligereza al suelo, y pide á los jueces, en lengua turca, licencia para hablar á la reyna. Almanzor le observa atentamente, y le dice se explique en arábigo. El guerrero lo executa, y mi hermano de órden de los jueces, le conduce al cadalso, en donde el extrangero, arrodillado delante de Zoraida, alza la voz y dice:

Reyna, nosotros somos vasallos del invicto monarca que rige dentro de los muros de Stambol, que íbamos á Tunez á llevar las órdenes de su alteza. Una tempestad nos arrojó sobre estas costas, en donde la fama nos ha instruido de que vas á padecer horrible muerte, víctima de la calumnia. Acepta el socorro que te envia el cielo : dignate de confiarnos tu causa ; que toda nuestra sangre, derramada por tí, hará ver tal vez á Granada, que los Asiáticos saben vencer ó morir por defender la virtud.

En diciendo esto, el aplauso general se escucha, y el guerrero de oriente se inclina hasta la tierra, cruza los brazos sobre el pecho, y dexa caer á los pies de la reyna la carta que escribió á Gonzalo. Ines toma el papel, le reconoce al punto, y sin poder casi reprimir su alegría, dice con voz baxa : este es Lara, estos son nuestros amigos. Lara la oye, da una mirada, y acaba así de convencer á la reyna, la que disimulando el contento le dice : yo os acepto, y os miro como enviados del mismo Dios, y pido á él que espire al instante, si vais á defender un delinqüente.

El Guerrero se alza, mi hermano le guia, y manda abrir la barrera. El turco, montado sobre su caballo, blandiendo la lanza terrible, y seguido de sus tres compañeros, entra en el palenque y vuélvele á cerrar Almanzor.

Los quatro valientes caballeros eran

el invicto Lara, el jóven Fernan Cortes, digno discípulo de Gonzalo, el animoso Aguilar, pariente de este héroe, y el venerable Tellez, gran maestro de Calatrava. Lara los habia elegido para asociarlos á su noble empresa, y temerosos todos de que Fernando se opusiese á sus intentos, habian salido del ejército en secreto. El parecer de Tellez les hizo disfrazarse en Turcos, habiendo de ir á una ciudad enemiga, en que el derecho de la guerra podia hacerlos prisioneros. El tiempo necesario para estos preparativos, el rodeo que habian tomado para llegar por el lado de Murcia, habian causado su retardo.

Los ocho guerreros están ya en el palenque, midiéndose con los ojos, examinándose algunos instantes para elegir sus adversarios. Lara se pone delante de Ali, el mas formidable á su parecer; el anciano Tellez delante de Mofarix, autor  
de

de la abominable calumnia; Aguilar se encara con Sahal, y Cortes con Moctader. Dase la señal, los ocho combatientes se avanzan.

En el primer choque, ninguno cae por tierra; pero el caballo de Cortes recibe una herida mortal, y conociendo su desfallecimiento se echa prontamente al suelo, cúbrese con el escudo, y espera con la espada en la mano á su enemigo, que aprovechándose del acaso, vuelve para atropellarle. Cortes se retira con ligereza, y envayna la espada en el vientre del caballo. Moctader cae, va á levantarse, y ya está herido, aumentando su furor la sangre que derrama. El jóven español, ménos robusto que el moro, procura evitar los golpes, se retira, huye al parecer para que Moctader persiguiéndole se fatigue, pierda el vigor, y le entregue al fin la victoria.

En este tiempo, el valeroso Aguilar

*Tomo I.*

Q

habia hendido la cabeza de Sahal. Con ánimo sereno, cerca de su víctima, tiende la vista hácia sus compañeros, y ve al venerable Tellez, debilitado con dos heridas profundas, acosado de Mofarix, que levanta el sable para herirle. Aguilar despide un grito terrible : Mofarix vuelve la cara, Tellez se aprovecha de este movimiento, hiere á Mofarix por debaxo del brazo. El zegrí cae, el anciano se arroja sobre él, le vuelve á herir, le desarma, dexándole de propósito algunos instantes de vida. En este punto, Cortes perseguido se para delante de Moctader, le presenta el filo de la espada, y le pasa la punta por las entrañas, cerrando sus ojos eterno sueño.

Pero el formidable Ali sostenia un combate mas igual contra el magnánimo Lara. A los primeros golpes, habian volado por el ayre los cascos y los petos. Las heridas les inflaman la cólera, y

no pudiendo desde sus ligeros caballos, descargar sus golpes tan cerca como quisieran, se echan al suelo á un mismo tiempo, y se atacan mas enfurecidos. La victoria estaba dudosa todavia, el pueblo guardaba profundo silencio, Zoraida, Ines y yo, los contemplábamos pavorosas, quando Ali, turbado á la vista de sus compañeros inmolados, sintió debilitarse su valor. Lara cobra nuevo ardor, é indignado de ser el último en triunfar, para con el sable los tajos que amenazan su cabeza, saca con la mano izquierda el puñal, se arroja á su enemigo, le aprieta entre sus fornidos brazos, le mete dos veces el acero en el pecho, y le arroja sobre el polvo.

El pueblo prorumpe en alegres aclamaciones, y la reyna se desvanece en nuestros brazos. Miétras nosotros procuramos volverla á la vida, Almanzor corre, abraza á los vencedores, y les

ofrece su palacio para descansar. Príncipe, le dice el anciano Tellez, mostrándole á Mofarix cerca de espirar; haced llevar ese zegrí delante de los jueces, que quizas tocado del arrepentimiento confesará su delito, dando honor á la verdad. Mofarix lo oye, abre los ojos, los jueces se acercan, y dice: yo he merecido mi suerte; Zoraida estaba inocente; Abenhamet solo pretendia morir á sus pies. Su conversacion funesta no fué criminal; el Dios del cielo me perdone; y los Zegries, aprovechándose de este exemplo terrible... No acabó, y la dura parca le arrebató. Los jueces publican su última confesion.

Los quatro vencedores se disponen para volverse, y sin embargo de sus heridas, no obstante los ruegos de Almanzor, saludan á la reyna, cuyas lágrimas manifiestan su reconocimiento, y cubiertos de sangre y de gloria, ad-

mirados y bendecidos por el pueblo, se encaminan por donde viniéron, acompañándolos Almanzor y los Alabeces hasta las puertas. Allí los dexan los quatro españoles, y marchan á la espesa selva, en donde les esperaba la gente de su séquito.

Boabdil, sabedor del suceso y de la tarda confesion del zegrí viene á la plaza, y sube al cadalso. Zoraida le descubre, se estremece, aparta la vista y cae en nuestros brazos. Boabdil arrodillado delante de ella, implora el perdon de tantos ultrages, jurando repararlos con eterno respeto, y le suplica que venga á la Alhambra á reynar sobre su pueblo y sobre él mismo.

Al oír esto, la indignacion vuelve á Zoraida las fuerzas. ¿Que osas proponer? le dice : Dios y este pueblo son testigos de que me has entregado á la

ignominia, de que me has condenado á muerte. El cielo descubrió mi inocencia; la ignominia ya no la temo, pero si he de vivir baxo tu poder, si he de volver á las manos de un verdugo, pronta estoy, que enciendan esa hoguera: yo renuncio el triste beneficio, debido á esos extranjeros. Granadinos, entregadme á las llamas, ó libradme de este tirano.

Dixo, y óyense en todas partes los clamores, gritando que la reyna está libre, que los lazos del himeneo se rompieron. Los jueces y los ancianos se acercan, y declaran á Boabdil que Zoraida libertada del suplicio, murió para su esposo. El monstruo guarda el silencio, sin atreverse á irritar á sus vasallos, temiendo ofender las leyes que tantas veces habian ocultado sus delitos. Forzado por la primera vez á refrenar su cólera, va á ocultar en la Alhambra su

despecho, sin poder desvanecer los remordimientos.

Zoraida lo conoce y quiere al instante salir de Granada. Almanzor le ofrece su carro, y con los Alabeces la acompaña hasta Cártama, en cuya ciudad se habian refugiado los desgraciados compañeros de Abenhamet. En habiéndola puesto entre sus manos, vuelve Almanzor y nos avisa que, á dos millas de nuestras murallas, se hallaban los Españoles.

El comun peligro apagó los odios. Los Alabeces y Almoradies, olvidando sus resentimientos, se reunen á los Zegries, y todas las tribus reconciliadas van á jurar á Boabdil de morir por la patria. Mi hermano, nombrado general, prepara la defensa mas terrible; el venerable Muley, pensando solo en salvar el imperio, abraza las rodillas de su hijo, y

le suplica que repare la injusticia hecha á los Abencerrages, llamándolos á nuestros muros.

El temor obligó á Boabdil á consentirlo, nombrando los embaxadores que habian de llevar á la tribu valiente las disculpas y los presentes del rey, convidándoles á volver á tomar posesion de sus bienes, sus empleos y sus dignidades. Mi padre se encargó en persona de ser el xefe de los enviados. Parte, llega á Cártama, junta la noble familia que, á su vista, manifiesta la alegría y el amor. Muley se humilla por Boabdil hasta los ruegos mas sumisos, se lastima de la triste suerte de los reyes, rodeados de engañosos aduladores, disculpa la corta edad de su hijo, les habla del riesgo en que se ve la religion, las leyes, la patria, y emplea en favor de un ingrato aquella eloqüencia del alma, único arte que sea lícito á la virtud.

En acabando su discurso, Zeir, nuevo capitán de los Abencerrages, recoge los votos de sus compañeros, y se encarga de responder en nombre de todos. Rey de Granada, le dice, pues nosotros solo á tí reconocemos por rey, en este punto acabas de recibir la prueba mas patente de respeto, la mas difícil á nuestros corazones; todos te hemos escuchado hasta el fin; óyenos ahora á nosotros. Todos estamos prontos á morir por la religion y por tí; pero si hubiera un Abencerrage tan indigno, tan vil, que perdonase á Boabdil, le inmolaríamos al momento. Boabdil... ¡Gran Dios! su nombre solo excita nuestro furor. Muley, no vuelvas á pronunciarle, y procura no recordarnos que tú fuiste tan desgraciado, que diste el ser á ese monstruo.

Pero los tiranos pasan, y la patria queda. La patria está en peligro, todos pereceremos por defenderla. Cártama es,

nuestra, nosotros sabremos conservar esta plaza inexpugnable; en ella viviremos independientes, y muchas veces saldremos para ir á pelear debaxo de vuestros muros, y derramar nuestra sangre en defensa de nuestros asesinos. No pidas mas, Muley; jamas los Abencerrages entrarán en Granada, miéntras Boabdil infecte el ayre que allí se respira.

Así habló Zeir: sus compañeros le aplauden, apartando, llenos de horror, los presentes que les traian, y mandan á los embaxadores que salgan al punto de la ciudad. Muley resiste á las tiernas instancias con que quieren detenerle, y vuelve á dar al rey la respuesta de la soberbia tribu. Yo pregunto por Zoraida, pero ya no estaba en Cártama, y acompañada de Ines habia desaparecido. La inquietud fatigó mi corazon, y las lágrimas corriéron de mis ojos. Mas ay! ¡quan pronto debia yo llorar mis desdichas!

Boabdil habia enviado por toda el Africa á solicitar el socorro. Las tribus errantes de los Bereberes, pueblos pastores del pie del Atlas, enviaron seis mil hombres de á caballo, capitaneados por el jóven Ismael y su esposa Zora, amantes felices y amables, cuyas costumbres dulces y puras, cuya union tierna deberia servir de exemplo á todos los mortales. Acompañábalos el príncipe Alamar, famoso en Etiopia por su valor y fortaleza, el qual acudió con diez mil negros á defender nuestros muros. Boabdil le recibió como á su Dios tutelar, prodigándole caricias y promesas, y la conformidad de los genios los unió muy pronto con estrecha amistad.

Yo tuve la desgracia de agradar al feroz Alamar. Incapaz de aquel respeto tierno, de aquella tímida delicadeza, que hacen contagioso el amor, el temerario Africano osó declararme sus deseos. Ala-

mar no nació para que le perdonasen tanta audacia : los ojos ardientes y feroces, su agigantada estatura, el negro rostro, solo podian inspirar el horror. Me estremezco al oirle, y su valor sanguinario despreciando el cielo y los hombres, habia excitado en mi alma una aversion insuperable. Respondíle con la fiereza que convenia á mi nacimiento, y sobre todo á mis sentimientos, procurando no ofender al aliado de mi patria, el temible amigo de Boabdil.

Por este tiempo la reyna Isabel, despues de haber reunido su ejército al de Fernando, sentó su campo delante de nuestros muros, anunciándonos que habia resuelto perecer ó tomar á Granada. La respuesta de Boabdil fué enviar el príncipe Africano á atacar el campo español. Alamar llevó el terror hasta la tienda de la reyna, venció quantos guerreros se le opusieron, hizo una matanza horrible  
de

de christianos, y volvió glorioso pidiendo á Boabdil mi mano en premio de su victoria. Boabdil se la concede gustoso, y trae él mismo al Africano al palacio de mi padre, declara al infeliz Muley que ha prometido su hija, diciéndome que al dia siguiente seré esposa de Alamar.

Mi padre no tenia autoridad para defenderme : Almanzor se hallaba en las Alpujarras juntando tropas. Sin mas apoyo ni mas auxilio que mis lágrimas, inútiles con mis tiranos, mi única esperanza era mi valor, y la desesperacion me dictó lo que habia de hacer.

Busco á la jóven Zora, aquella valiente amazona, venida con los Bereberes á defender nuestra patria. Desde los primeros dias, sentia al verla aquella inclinacion involuntaria que nos inspira la virtud. Zora conocia y se lastimaba de mis desdichas : ella aborrecia á Alamar.

Confíome á su zelo, pidiéndole su socorro, y la piadosa extranjería dispuso mi fuga, mandó que me acompañasen treinta de sus valerosos Numidas, les tomó juramento de defenderme, de morir ántes de abandonarme, y fiada en su fidelidad, me abrió, en el silencio y obscuridad, la puerta que custodiaba. Salgo de Granada, rodeada de mi escolta, sin saber todavía á donde guiaria mis pasos. La ciudad de los Abencerrages era el asilo mas seguro; pero su xefe Zeir y dos de sus hermanos suspiraban por mí, y yo no queria confiar mi vida á mis amantes, aun siendo virtuosos. El palacio solitario de Málaga, que mi padre Muley-Hassem me habia dado en otro tiempo, me pareció que podria ocultar mis dias á las pesquisas de Alamar, y desde allí instruir á mi hermano de la violencia que se hacia á mi voluntad. Tomo pues este camino, andando solo de noche, de miedo de ser sorprehen-

dida, rogando al cielo que me librase de caer en manos de mi enemigo.

Mis ruegos fuéron vanos; pues apénas habia llegado á las orillas del mar, quando me ví cercada del esquadron de Alamar. Los valerosos Bereberes se oponen y me defienden; pero el número los vence, los asesina ó los carga de cadenas. El capitan de los horribles negros me lleva desmayada á una nave, que le esperaba no léjos de la orilla, y me anuncia que su señor, queriendo asegurar su esposa, mandaba me llevasen á sus estados.

Mis desdichas habian llegado al colmo, y solo la muerte podia librarme de la suerte infeliz que me aguardaba. Yo quise buscarla en las olas, durante la tempestad, pero los soldados me atáron al mastil de la nave. Lo demas ya lo sabeis: vuestro valor sobre humano me salvó de aquellos

bárbaros, pero mi desgracia nos ha traído á los estados de Boabdil. Los peligros que me amenazan me estremecen; sin embargo no sé qué secreto consuelo siento dentro de mí, quando pienso que vos me defendeis.

Así acabó la hermosa Zulema, y Gonzalo, gozoso de haberla oído, apenas puede contener su alegría. Agitado de pensamientos varios, entrega su alma á la esperanza, á la tristeza y al temor, y Zulema le dexa enagenado en sus sentimientos.

FIN DEL LIBRO IV.º



SUMARIO DEL LIBRO V.º

---

**I**MPRESION que hace en Gonzalo la narracion de Zulema. Situacion de los dos amantes. Las heridas detienen á Gonzalo. Continúase el sitio de Granada. Preparativos de Fernando. Fiestas que da Isabel al ejército. Sueño y terror de Moraima. Vigilancia de Alamar. Almanzor parte con Alamar para sorprehender á los christianos durante la noche. Ataque é incendio del campo de Isabel. Hazañas de Alamar y Almanzor. Muerte del príncipe de Portugal, y desolacion de su esposa. Almanzor no quiere entrar en Granada, y planta su campo enfrente de los christianos. Pavor de los Españoles. Discurso religioso de Isabel para animar las tropas.



## LIBRO QUINTO.

---

**T**ERNOS corazones que sabeis amar, vosotros no habeis olvidado aquel dia, en que el objeto de vuestra ternura os hizo palpar por la primera vez. El placer dulce, el sentimiento delicioso que os poseia, le turbaba el temor de que un rival mas dichoso se hubiese anticipado, y que otros lazos encadenasen á la que pretendiais agradar. Tan hermosa, tan llena de virtudes, os parecia que mortal ninguno la viera sin inflamarse su corazon. Antes de osar decirle lo que vuestra turbacion habia ya publicado, quantos eran vuestros esfuerzos para descubrir, llenos de susto, su interior! Una palabra os atemorizaba; una mirada os traia pensativos; y luego que, con repetidos rodeos y discursos vagos, descubristeis que su alma libre y pacifica

no conocia dueño ninguno, y que podiais aspirar á la dicha, á la felicidad suprema de gozar del primer amor... ah! tierno amante, recuerda lo que entónces sentiste, y consagra los dias que te quedan á gozar de tan dulce instante.

Gonzalo gozaba de esta felicidad. La princesa mora hablando de la aversion que tenia al feroz Alamar, refiriéndole la historia de su vida, le habia manifestado no haber conocido el amor. Gonzalo abre su pecho á la esperanza, y poseido continuamente de sus discursos, los tiene siempre en la memoria; y en el silencio de la noche, ve y escucha á Zulema. La imágen del Africano, que osaba aspirar á su afecto, irritaba su furor, y le encendia en deseos de hallarse delante de Granada, de ver, de encontrar aquel famoso guerrero, de vencerle y castigar su audacia criminal. Su corazon se admiraba de conocer el

odio; y la cólera contra Alamar le movia á desear el dexar prontamente el objeto de su cariño.

Otros pensamientos mas dulces, aunque igualmente tiernos, agitaban á la jóven princesa. Cierta del amor de aquel extrangero, sin haber osado desearle, resuelta á consagrarle su vida, sin confesar que le amaba, forma el designio de volver con él á la casa de su padre, creyendo que á su lado nada tenia que temer. Muley, Almanzor, Boabdil, el mismo Alamar, todo el pueblo moro, respetaria ó temeria aquel héroe: su valor podia libertar á Granada, y la hija de Muley-Hassem era la única recompensa digna de tantas virtudes. Tales eran las chîmeras que alimentaban á Zulema; pero como las heridas de Gonzalo le habian de detener mucho tiempo, la princesa envia secretamente un esclavo para advertir á Muley-Hassem del lugar

que habita; y mientras vuelve el mensajero fiel, emplea todos sus momentos en cuidar de su libertador, atenta siempre á los progresos de la cura, siempre á su lado, llenando de dulzura, con sus discursos, la soledad grata á ámbos.

Mientras corre el tiempo necesario para recuperarse Gonzalo de sus perdidas fuerzas, el ejército español delante de Granada se queja de la ausencia de su héroe, y humillado con las hazañas de Alamar, arde por vengarse. Los jóvenes guerreros, Guzman, Cortes, el príncipe de Portugal, los soldados, los capitanes piden á voces el asalto; pero Fernando no está todavía dispuesto, y se opone á sus deseos. Granada rodeada de mil torres, demasiado espaciosa para el bloqueo, comunica por la parte del oriente con las Alpujarras, en cuyas montañas encuentra víveres y soldados. Cártama por el medio dia, edificada sobre inaccesibles

rocas , guardada por los Abencerrages , inquieta á los Españoles. El pueblo inmenso y belicoso , los aliados numerosos y valientes , defienden la ciudad , y el ánimo fogoso de Alamar , el tranquilo valor de Almanzor , preparan la resistencia de que solo el tiempo puede triunfar.

El rey de Aragon , instruido por su padre en sus largas guerras contra los Franceses , envia destacamentos á las Alpujarras para sorprehender é interceptar los socorros , cortando toda comunicacion , para que el hambre pelee por él. Su penetracion se extiende mas allá de estos límites , é instruido en el arte terrible que pone el rayo en las manos del hombre , y hace inútiles la fortaleza y la astucia , Fernando abre estrechos subterráneos hasta los muros de Granada , en donde el salitre y azufre inflamados , hagan volar por el ayre las

Fuertes torres, abriendo á los sitiadores ancha y fácil entrada. Empléanse todos los preparativos, todas las máquinas que inventó la guerra; pero para asegurar el instante, es fuerza suspender la execucion. Aguilar alaba su prudencia, el anciano Tellez aprueba su lentitud, y el intrépido Lara da á entender, con su silencio, que no se puede vencer sin su amigo.

En esta larga inaccion, capaz de desalentar al ejército, Isabel procura, con juegos guerreros, distraer la ardiente juventud. La gran reyna conoce quanto aumenta el valor del Español la presencia del objeto amado, y sabiendo que en su nacion, el amor, el ardiente amor, es el mas fuerte incentivo de la gloria, quiso que la siguiesen las damas de su corte, viéndose en su campo las mas hermosas castellanas. Blanca de Medina-Celi, Leonor de la Cerda, Serafina de  
Mendoza

Mendoza, Leocadia de Fernan-Nuñez, y otras muchas bellezas, ídolo cada una de un héroe, rodean á la reyna, compitiendo unas con otras en gracia y hermosura; pero entre todas sobresale la princesa de Portugal, hija de Isabel, gloriosa de su nombre, digna de él por sus amables prendas, y aun mas por sus virtudes. Adorada del dichoso Alfonso que acaba de recibir su fe, la tierna princesa solo piensa en reprimir el valor imprudente de su esposo. Zeloso de la fama de Almanzor, honor y columna de Granada, Alfonso manifiesta sus deseos de medirse con él. Su esposa atemorizada no osa disuadirle, pero un fatal presentimiento arranca en secreto sus lágrimas, causándole espanto el nombre solo de Almanzor.

En medio del campo hay un espacioso circo, rodeado de innumerables gradas, en donde la augusta reyna, diestra en

el arte dulce de ganar los corazones de su pueblo facilitándole sus placeres, convida á sus guerreros al espectáculo mas grato á los Españoles. Allí la juventud, deponiendo sus corazas, con un sencillo vestido de seda y una lanza en la mano, sobre veloces caballos, viene á atacar y vencer á los toros salvages. Otros á pie, en una mano un velo carmesí, en la otra una aguda flecha, esperan al feroz animal. Los reyes, rodeados de su corte, presiden á los juegos, y el ejército entero ocupa el anfiteatro, mostrando con alegres voces y aclamaciones repetidas, su amor excesivo á estos antiguos combates.

Las trompetas suenan, la barrera se abre, el toro sale precipitado, y al ruido de los instrumentos, á los gritos, á la vista de los espectadores, se para inquieto y turbado, mirando hácia todas partes, mostrando la sorpresa y el furor

que le dominan : acomete á un caballo, y el caballero le hiere, huyendo veloz al otro lado; el toro irritado le sigue, escarba la tierra con ámbas manos, y arremete al velo purpúreo que le presenta un luchador á pie, pero el diestro jóven, huye el cuerpo, enreda entre sus astas el velo ligero, y le clava una flecha aguda, corriendo de nuevo la sangre. Herido de tantas lanzas, y de tantas flechas, cuyas puntas corvas no las dexan caer, el animal salta sobre la arena, lanza rugidos horribles, corre agitado por el circo, sacude las numerosas flechas clavadas en el cuello, vuelan los pedazos sangrientos de púrpura, los rios de espuma enrojecida, y cae en fin cediendo á los esfuerzos, á la cólera y al dolor.

En uno de estos combates, el temerario Hernan Cortes se vió cerca de perder una vida, destinada á hazañas tan memorables. Deseoso de agradar á

la hermosa Serafina de Mendoza, montada sobre un caballo cordobes, heria y huia de un toro furioso. El amante, sin hacer caso del peligro en que está, miraba la belleza que adoraba, al tiempo que ve caer en la arena el ramo de azahar, que adornaba su seno. Cortes se arroja al suelo, corre, se baxa, vuela el toro y va á embestir al imprudente amante, un grito de Serafina le advierte del peligro, Cortes recoge la flor, dirige su lanza con pulso seguro á la espalda del animal, y le dexa espirando sobre la arena. Óyese el universal aplauso, é Isabel quiere coronar á Cortes, quien, rehusando la corona, enseña la flor preciosa, que pagara con la vida, la llega á su boca, la pone sobre su corazon, rompe la lanza y sale del circo.

De esta manera se pasaban los dias, y apenas la noche tendia su manto bordado de estrellas, las hachas encendidas re-

flexadas por el cristal, iluminaban las suntuosas tiendas de la Reyna. Las bellezas de la corte, cubiertas de oro y piedras preciosas, sin mas adorno en las cabezas que sus cabellos largos y esparcidos, dexan en medio un vasto espacio, en donde los instrumentos llaman á la juventud guerrera. Vienen todos vestidos ricamente, cubiertos de una exquisita y corta capa, sostenida con gracia por un gancho de oro, el sombrero redondo coronado de plumas atadas con un lazo de diamantes, los cabellos ensortijados caen sobre sus espaldas y el ligero bello de ébano, que dexan crecer encima de los labios, aumenta la gracia de sus rostros dulces y guerreros.

Cada uno ofrece la mano á la que prefiere su corazon: los instrumentos sucnan, y en una danza noble y mesurada, en que la gravedad no quita nada al placer, y la decencia aumenta la gracia, los dos amantes excitan la atencion de

todos sin mirar mas que á sí mismos. Luego otros nuevos sonos se oyen, y todos se mezclan, se juntan, se separan, vuelven con precipitacion al lugar que habian dexado, huyen otra vez para volver de nuevo, pintando con sus movimientos la alegría, la tierna sorpresa y la dulce languidez del amor.

Luego que la severa Isabel daba fin á estas diversiones, y las bellas jóvenes retiradas en sus asilos, consagraban á las tiernas memorias las horas destinadas al sueño, sus amantes, que igualmente velaban, vagan al rededor de la tienda feliz que encierra el objeto de sus amores. En una de estas noches, quando el silencio reynaba en todo el campo, convidando la obscuridad al reposo, sin oirse mas que las quejas de los pechos amorosos, Almanzor rendido á las fatigas continuas del dia, gozaba al lado de Moraima, de la dulzura del tranquilo sueño, sin co-

nocer su alma intrépida otras pasiones que la gloria y su esposa. Despues de consumir el dia en reconocer las mura-llas, fortificar los puestos, animar con su exemplo á los soldados, volvía con las sombras de la noche á ver á la solitaria Moraima, á calmar sus inquietudes, y buscar entre sus brazos la recompensa pura, que da el casto amor á la virtud.

Miéntras que en lo mas recóndito de su palacio, reposan ámbos en un lecho de púrpura, Moraima lanza un grito horrible, despertándose bañada en sus lágrimas; y turbada, falta de aliento, se arroja en los brazos de Almanzor, le estrecha contra su corazon, inundándole con su llanto.

Cara esposa, le dice el héroe, ¿de donde viene este imprevisto terror? ¿Que te espanta? Aquí estoy yo, tierna Mo-

raima; mio es este corazon contra quien palpita el tuyo; tu Almanzor es quien te habla, quien te guarda, quien te defiende.

¡ Ah ! esposo mio, responde, ¡ que horrible sueño, me llena de terror ! Yo ví..... me falta el aliento ; mis fuerzas me abandonan..... Yo andaba por esa espaciosa llanura que nos separa de nuestros enemigos , quando ámbos exércitos estaban á la vista : los Moros circundaban nuestros muros..... Yo te ví, despidiendo luz resplandeciente del fuego del acero, adelantarte solo , desafiar y pelear con Gonzalo. Yo te ví vencedor , pero cubierto de un velo que te ocultaba entre sus negros dobleces. Nadie se atrevia á acercarse á tí : yo corro á encontrarte, voy á echarte mis débiles brazos, el velo se extiende sobre mi cabeza, y ámbos caemos en un lago de sangre..... ¡ Ah ! esposo mio ! ¡ amado mio ! bien sé que no

puedo intimidar tu alma grande ; pero te pido, te suplico que te acuerdes que no hay mas que tú en el universo para Moraima. Mi familia toda ha perecido , mi padre y mis hermanos cediéron al poder de Boabdil , el dolor ahogó á mi madre , los Abencerrages que quedan están desterrados de Granada : todo lo he sufrido : el cielo me dexaba á Almanzor y he vivido. En tí he reunido todos los amores que habia perdido : tú has heredado de mi corazon todos los sentimientos que conoció. ¿ Querrás quitarme el único bien , que me dexó el destino ? ¿ Querrás condenar tu Moraima ?..... Moraima moriria al instante ; espiraria del mayor , del mas horrible suplicio. Apiádate de mí , Almanzor valeroso , prométeme no salir de nuestros muros , ciñéndote á defender estas torres que no tienen mas apoyo que tu brazo ; promete no abandonar á tu esposa , tu Moraima , yendo á prodigar tus dias en esa fatal llanura , en defensa del

pérfido rey , que detesta tus virtudes , y tal vez te entregará al verdugo así que hayas salvado su imperio.

Moraima , responde Almanzor sin poder detener las lágrimas , tú me eres mas cara que la vida ; pero mi deber lo es todavía mas. Conozco bien á Boabdil , ni tú ignoras que tengo siempre un medio terrible de librarme de su furor , en el tósigo que encierra esta sortija. Yo no peleo por ese monstruo , sino por mi religion , por mi patria , por dexar sobre mi sepulcro un nombre que sirva á mi esposa de respeto. ¡ Ó esposa digna y fiel ! no intentes hacer titubear mi virtud ; tú sola la criaste en mi alma , tú la alimentaste con santos exemplos , tú la hermoseas con tu puro atractivo. Para dexar de amarla , habia de dexar de adorarte. Sosiégate , Moraima : yo no pretendo salir de nuestros muros , quando el interes de mi nacion me lo prohíbe : contigo

quedo , con aquella que , con una mirada , con una palabra , me recompensa de todas mis fatigas. Enxuga tus lágrimas : el Dios de los combates dará fin pronto á nuestras miserias. Tal vez mis esfuerzos obtendrán una paz feliz. ¡ Que gloria , que felicidad mayor , si el pueblo , libre por mí , decia al verte pasar , esa es la esposa , el dueño de nuestro libertador !

En pronunciando estas palabras , la abraza , la sosiega , le promete no salir fuera de los muros , y Moraima le pide repita estas halagüeñas palabras. Moraima cree , Moraima creyó siempre quanto le decia Almanzor ; pero su pecho no se sosiega , ni se agota su llanto. Al mismo tiempo , óyese el sonido de las trompetas cerca del palacio : Almanzor se levanta confuso , pone el oido ; el ruido de las armas se confunde con el de los caballos ; toma su espada , pónese el ancho turbante , viste su impenetrable coraza , y sin

escuchar á Moraima, corre á informarse de la causa de este movimiento.

Apénas llega á la plaza, ve en medio de las hachas, al frente de los negros Africanos, á Alamar, al feroz Alamar, sobre un caballo de Suz, cubierto de una piel de serpiente, cuyas impenetrables escamas le defienden, revolviéndose en su verde turbante la cabeza horrible y sangrienta.

Príncipe de Granada, le dice el bárbaro, tú duermes y yo voy á pelear: tú reposas al lado de tu esposa, y yo voy á poner fuego á las tiendas de Fernando. Boabdil me ha dado sus órdenes, y solo con mis soldados atacaré esos fieros Españoles, quienes creyéndonos cobardes para sorprehenderlos, esperan entre mil recocijos que el hambre nos haga cautivos. Yo turbaré sus fiestas magníficas; yo inundaré en sangre esas tiendas, en  
donde

donde habitan los placeres. ¿Almanzor se atreve á seguirme?

Dixo, y el héroe le mira con risueña indignacion. Sosiégate, le responde, Almanzor irá delante de tí. Al punto manda juntar los Zegries y Alabeces, pide un caballo, toma su pesada maza, vuela al lado de Alamar, semejante al Dios de las batallas, manda desfilas en silencio los tres esquadrones reunidos, y sale por la puerta de Elvira.

Ya van marchando por la espaciosa llanura, y ántes de llegar á las guardias avanzadas, consultan Almanzor y Alamar el órden que ha de observarse. Los Zegries, mandados por Maaz, marcharán al centro del campo, en donde los guerros de Castilla guardan á su reyna Isabel: Alamar con sus Africanos atacará por la izquierda, defendida por Téllez y los caballeros de Calatrava;

Almanzor y sus leales Alabeces se dirigirán por la derecha, en donde está el rey Fernando en medio de sus Aragoneses.

Las órdenes dadas, se separan y marchan con paso igual, rápido y sin tumulto. Las tinieblas favorecen á los Moros, y el descuido de sus enemigos asegura el suceso. Inmolan las primeras guardias; las segundas tienen la misma suerte: llegan á los retrincheramientos, y pásanlos los caballos africanos: los soldados de Alamar alzan gritos espantosos, los de Almanzor les responden, y los Zegries desde el centro repiten los clamores; los Moros inundan el campo por tres partes á un tiempo, y semejantes á los leones de Getulia, quando encuentran en el desierto un rebaño de tímidos corderillos, así se arrojan sobre los Españoles, los persiguen, degüellan á los que huyen ó resisten, amontonan los cuerpos mori-

bundos, y temen que sus brazos cansados no basten á su furor.

Alamar sediento de sangre, solo y lejos de los suyos, en el tumulto y las tinieblas, discurre por el quartel de Téllez, deshaciendo, inmolando á su rabia quanto se le presenta. El anciano Téllez, al primer ruido, manda tocar la trompeta, y sin escudo ni casco, con la espada en la mano, precedido de algunas hachas, corre, llama á su caballería. Alamar le oye, corre á él, tiende por el suelo los que le rodean, ase al anciano por sus blancas canas que respetaron mas de cien combates, y de un solo golpe, separa la venerable cabeza. El Africano, sin pararse, acomete al esquadron de Calatrava que entónces se juntaba desordenado, obedeciendo á la voz de Téllez; Alamar llega como un rayo: ahí teneis, les dice, vuestro xefe; y arrojándoles la cabeza sangrienta, se precipita entre el

esquadron, le deshace, le pone en fuga, cubriendo la tierra de cadáveres.

Al mismo tiempo, el valeroso Almanzor llenaba de terror el quartel del rey. Los Aragoneses atemorizados perecen ó se dispersan. En vano Aranda y Montalvan, sus xefes, quieren reunir los fugitivos: los Alabeces, guardando sus puestos, semejantes al mar quando colérico embiste las riberas, avanzan, destruyen, deshacen quanto les podria detener. Almanzor los dirige sin turbacion ni furor, y desdenándose de dar muerte á los vencidos, piensa mas en el fruto de la victoria, que en la sangre que ha de comprarla. Dase la órden, enciéndense las hachas, arden las tiendas, los torrentes de espeso humo se levantan, vomitando largas llamaradas que crecen en sinuosas ondas. Alamar y sus Africanos lo descubren, y el fuego corre por el quartel de Téllez. Caen las tiendas, rebienta el incendio,

y las dos llamas se elevan á un tiempo, amenazando su reunion dentro de pocos instantes.

Fernando casi desnudo, á las primeras voces, toma la espada y corre veloz á buscar á Isabel, encontrando á la reyna, rodeada del príncipe de Portugal, Lara, Cortes, Aguilar, de todos los héroes de Castilla. Tres veces habian sido rechazados los animosos Zegries; y su xefe Maaz, perseguido de Lara, cedia estremecido la victoria. La augusta Isabel iba en persona á socorrer al rey, quando el monarca llega en su busca, temiendo su peligro. Su presencia sosiega á Fernando, y va á acabarse de armar para pelear con Almanzor.

Al oír este nombre, á la fama de sus hazañas, á la vista del vasto incendio que esparce una luz horrorosa, el príncipe de Portugal, el impetuoso Alfonso,

vuela como el tierno ciervo que va á buscar la flecha mortal. Las voces del terror son su guía : corre por entre las llamas , llega , encuentra á Almanzor , dirige á él la lanza , rompiéndose en la coraza del Granadino. Almanzor se para , vuelve hácia el Portugues , los ojos ardiendo en ira , va á descargar su enorme maza ; pero viéndole á pie y casi solo , la generosidad vence á la cólera , salta del caballo , saca el alfange , y se va hácia Alfonso , que le espera con la espada en la mano.

Las espadas cruzadas centellean , y las armas resisten á los repetidos golpes. Almanzor recibe en el brazo una profunda herida : Alfonso grita alegre ; pero Almanzor empuña con la otra mano el alfange , y atacando de mas cerca á su enemigo , de un revés abre el pecho del intrépido Portugues , y Alfonso cae , haciendo inútiles esfuerzos para amenazar

al vencedor. La voz y la vida le faltan en un momento.

¡ Desgraciada Isabel, esposa, amante infeliz del héroe que acaba de espirar! en este instante te decian como el temerario Alfonso estaba peleando con Almanzor. Las voces de la reyna, ni los ruegos de Fernando detienen á la tierna Isabel que, pálida, desordenado el cabello, corre al traves de las llamas, gritando Alfonso, Alfonso.... Llega, ve á su esposo, ya despojado del casco, volviendo los ojos entre abiertos hácia Almanzor que se Alejaba. ¡ Alfonso mio! exclama, arrojándose sobre el cuerpo, Alfonso, espera á tu esposa : el dolor va á unirla contigo. ¿ Es este el dulce himeneo que habia de asegurarnos una vida feliz? ¿ Son estos los dichosos lazos que nos unian para siempre? Alfonso, amado Alfonso mio, ¿ no te bastaba el amor de Isabel? Ay! yo no merecia el

ser tu esposa mas tiempo; el destino bárbaro no lo quiere, pero á lo ménos él no podrá separarnos. Entónces se levanta llena de desesperacion, coge la espada de Alfonso para meterla en su seno, quando la reyna y Fernando llegan y la detienen. En vano quieren desviarla del sitio funesto; todos los esfuerzos son inútiles; y desconociendo la voz maternal, desecha sus tiernas caricias, vuelve á arrojarse sobre el cuerpo de Alfonso, estrechándole entre sus débiles brazos.

Almanzor la ve desde léjos á la luz del fuego devorador, y sin poder reprimir las lágrimas, ¡ infeliz de mí ! dice, ¡ que es lo que he hecho ! ¡ Mi brazo inmoló el esposo de aquella viuda desconsolada ! ¡ Yo fuí la causa de la desgracia de aquel corazon amante y desesperado ! Ah ! Moraima, Moraima, tal vez muy pronto..... Al decir esto se aumenta su llanto, pero apartando tan melancólicos

pensamientos, y pronunciando el nombre de su patria, sigue su rápida carrera, dilata, aumenta el incendio, y llega á Alamar, que, cubierto de sangre, cansado del sangriento espectáculo, venia á encontrarle, caminando sobre montones de cadáveres.

Los dos héroes regocijados conciertan nuevos designios. A la claridad del fuego, ven un batallon erizado de lanzas, formado léjos de las ruinas del campo, de ancianos Castellanos, tres veces vencedor de los Zegries, que Maaz llamaba á retirar. En medio, la reyna Isabel, sentada sobre un escudo, sostenida por Fernando, tiene en los brazos á su hija desmayada, la estrecha en su seno, la baña con su llanto, y procura recordar á la inconsolable viuda, que todavía le queda una madre.

Al rededor están Aguilar, Cortes,

Guzman y Lara , xefes , héroes del exército , enternecidos á la vista de tal espectáculo , indignados contra la fortuna , derramando lágrimas de cólera y compasion , ardiendo por atacar al Moro , pero sin poder alejarse de aquel recinto , último refugio de sus reyes , último asilo de sus banderas . La venganza y la rabia los hace estremecer , llevándolos mas allá de sus puestos , para ir en busca de Almanzor , pero el monarca los llama y vuelven pesarosos á su voz . No de otra suerte , el animal valiente , nacido en las rocas de los Pirineos para defensa del rebaño , atado con fuertes cadenas al lado del redil , viendo á lo léjos al lobo devorador , se eriza , amenaza , llena el ayre de espantosos aullidos , muerde la cadena que sus fuerzas tienen tirante , oyéndose el rechinar de los dientes que afila unos con otros .

Tranquilo en el seno de la victoria ,

teniendo en poco el suceso miéntras Granada no está libertada, Almanzor propone el reunirse para acometer á la invencible phalange, y acabar la guerra destrozándola; pero las fuerzas del grande Almanzor no obedecen á su valor, y la sangre que corre abundantemente de su herida, el dolor que disimula, aumentado con un instante de reposo, no permiten al valeroso príncipe volver al combate. Los Alabeces, temiendo se desgraciase su preciosa vida, se niegan en voz alta á seguirle; los Africanos, el mismo Alamar, satisfechos de las hazañas de la noche, claman por volver á Granada. El héroe los escucha pensativo, meditando un nuevo medio de conservar la ventaja, y aumentar la consternacion de los vencidos. Conociendo quan importante es, en la guerra, inspirar el terror, y que á veces las ceremonias suntuosas imponen mas que la victoria, llama al fiero Alamar, junta al rededor de sí sus

capitanes , y tomando aquel noble ascendiente que da á los hombres grandes su propia conciencia, al fin cedo, les dice, Almanzor consiente en descansar; pero ninguno consentirá en perder el fruto de la victoria, ni volver fugitivos á entrar dentro de los muros todavía amenazados. Amigos, juremos todos de no volver hasta haber echado esos bárbaros, y exterminado nuestros enemigos: levantemos aquí nuestras tiendas, y campemos todo nuestro ejército: opongamos el campo de los vencedores al campo derrotado, y sitiado el Español, experimente ahora los males que tanto tiempo nos hizo padecer.

Los soldados aplauden, Alamar aprueba el grande intento, y parte en busca del rey Boabdil, para conducir las tropas y los auxilios necesarios. Llega á la Alhambra, esparce la nueva feliz, y el pueblo prorumpe en aclamaciones alegres.

Abrense

Abrense las puertas de la ciudad, y Boabdil, seguido de Alamar, sale al frente de sus batallones. El campo se inunda de Moros, cargados de armas y víveres; el ejército rodea á Almanzor, llamándole su Dios tutelar, su héroe, su libertador, y el rey mismo confirma estos gloriosos renombres. Elévanse millares de tiendas, en el espacio circunscrito, levantándose en el centro la suntuosa mansion destinada para Boabdil. Almanzor y los Alabeces se retiran á la derecha, Alamar y los Africanos se colocan en la izquierda. En pocas horas se establece el ejército, ocupando los puestos avanzados tropa fresca y numerosa; y seis mil lanzas, puestas en fila delante del campo, presentan las cabezas sangrientas, que los feroces Africanos traxéron del combate.

Los rayos del dia descubren este espectáculo, y ofrecen á los Castellanos

La imágen horrible de tantas desgracias. Las tiendas consumidas, los almacenes humeando baxo montones de ceniza, millares de cadáveres esparcidos, nadando en arroyos de sangre; aquí algunos infelices palpitan todavía baxo las ruinas, allá los soldados desnudos recibieron la muerte durmiendo. Cada uno busca el hermano, el amigo que le falta, quedando engañado su dolor piadoso, al aspecto del cuerpo mutilado, y viendo á lo léjos, en la punta acerada de una lanza, la cabeza del que busca lloroso. La ve, aparta la vista, y se estremece de horror y de espanto.

Fernando, Lara, todos los xefes, se miran, sin osar resolver nada: la augusta Isabel palidece: los Castellanos intimidados guardan un silencio pavoroso: el terror se ve en sus rostros: el desorden marcha por el campo: todos tiemblan y se disponen á la fuga; pero Isabel la sabe

precaver. Isabel conoce las costumbres, el genio de sus Españoles, y llama á la Religion en socorro de su extinguido valor. Acompañada de dos santos pontífices, precedida de la cruz, sagrado estendarte del ejército, discurre por entre las filas, y con acento fervoroso que inspira la esperanza: amigos, les dice, adoremos la mano que nos humilla; ella nos ensalzará. El Dios de los ejércitos está con nosotros: no creais que entregará la victoria á los enemigos que le ultrajan. Él quiere probar sus soldados, quiere que os hagais dignos de la recompensa que os destina. Los que ahora llorais, la poseen ya: sí, aquellos que cortó la segur en esta desastrosa noche, nos contemplan desde lo alto del cielo que habitan, mostrándonos la palma inmortal que los Angeles, han puesto entre sus manos. Dexad ya, Christianos, dexad de regar con llanto sus cenizas. Ellos no han menester vuestras lágrimas, y nosotros necesitamos su socor-

ro. Invoquémosle : volvamos los ojos, con respeto y confianza, hácia esos despojos sangrientos, que ahora mirais con espanto. Esos son los despojos de los mártires, las reliquias sagradas á que deberémos la victoria. Ellas aseguran la perdicion infalible de los bárbaros Musulmanes, y atraen, sobre esos impios, la cólera del Todo Poderoso, que jamas dexa sin castigo el ultrage hecho á sus Santos.

Los religiosos Españoles responden con sollozos, jurando morir por su Dios á los pies de su amada reyna, invocando el Ser supremo, bendiciendo el nombre de Isabel, y animados de nuevo valor, quieren marchar contra el enemigo.

Fernando modera su ardor, pero sabe aprovecharle. La mitad de la tropa queda sobre las armas, miéntras la otra recoge los heridos y da sepultura á los muertos.

La reyna les prodiga fúnebres honores , y entretanto Lara traza mas allá del campo destruido , un ancho y vasto recinto , cercándole de un foso profundo. El dia se pasa en estas tristes ocupaciones , miéntras el ejército abatido , dexa las armas solo para trabajar ; pero la firme constancia , la sumision , la frugalidad de los Castellanos , lo sufre todo sin murmurar. Retíranse á las trincheras , guardando la entrada soldados escogidos. Todos duermen sobre la tierra , la cabeza apoyada sobre el escudo , las lanzas en la mano , prontos á pelear en oyendo la señal. Los xefes reposan al lado de los soldados : pero los reyes , aun mas dignos de compasion que sus desgraciados vasallos , no osan entregarse al sueño.

F I N

DEL TOMO PRIMERO.











